

RECUERDOS Y SEMBLANZA DE ALPANSEQUE

Homenaje en el día de su Patrona. Octubre de 2000

ACOTACIONES PERTIENENTES

“ Un viaje a la nostalgia, de vez en cuando, es bueno para el espíritu siempre y cuando no se vaya uno a vivir allí.”

Dan Barrolovich

La tarea de compaginar una semblanza sobre Alpanseque, el pueblo donde nacimos, le fue en primera instancia encomendada a mi hermano Valerio por nuestro común amigo y antiguo compañero de trabajo, Alejandro Tirachini, propietario en la actualidad del canal de televisión por cable de Puerto Deseado. El texto tenía por finalidad describir ordenadamente, a través del correspondiente relato, las imágenes contenidas en una filmación realizada por el primero de los nombrados, en uno de sus viajes a España.

Entusiasmado con la propuesta, Valerio aceptó cumplimentar la solicitud en los ratos que le dejaran libre sus diarias ocupaciones. No obstante, y a pesar de que el promotor de la idea insistía con frecuencia en su requerimiento, la no disponibilidad de tiempo contribuyó a malograr la buena predisposición manifestada por Valerio en todo momento.

Ello motivó que en uno de mis viajes a Puerto Deseado, esta vez para asistir al velatorio y sepelio de mi dilecto amigo, José Pantiga: un asturiano ejemplar, de 89 años, nacido en Santianes, en el curso de una extensa conversación mantenida con Tirachini, éste me encargara hilvanar la pertinente reseña. A posteriori, también Valerio me reiteró la solicitud.

Debo honestamente confesar que la idea me sedujo desde el principio, pero también que llevar la misma a la práctica implicaba un desafío a mi memoria del que, tal vez, no lograra salir airoso. Temía yo que el paso inexorable del tiempo hubiera extraviado algunas vivencias de mi niñez, adolescencia y juventud que he procurado guardar celosamente en los recovecos de mi memoria, a lo largo de casi cuatro décadas. De todos modos, y sin comprometerme con ellos, pero sí conmigo mismo, decidí que lo intentaría cuando regresara a Comodoro.

Fue así como en los próximos días me aboqué a confeccionar la reseña cuyo relato debían ellos posteriormente adaptar a la proyección del video. Una vez cumplida la misión que me había auto impuesto, a mi juicio de forma armoniosa y por ende satisfactoria, en mi próximo viaje a Puerto Deseado hice entrega a ambos solicitantes del trabajo realizado. De ahí en más, la responsabilidad de concretar el proyecto, algo que todavía no han llevado a la práctica, era exclusivamente de los interesados.

Como no podía ser de otra forma, el viaje a la patria chica por los senderos del recuerdo despertó en mí tantos y tan encontrados sentimientos que conmovieron hasta la fibra más íntima de mi ser. En momentos como los descritos es cuando el dolor que produce el desarraigo se siente con mayor intensidad, pero es también en los que, a su vez, el recuerdo de las cosas y seres queridos en cuya compañía nos fue dado aprender a amar y a sufrir, a gozar y a soñar, recrea nuestro espíritu hasta una dimensión sólo accesible para quienes debemos sufrir el exilio, ya sea por propia voluntad u obligados por las circunstancias.

Y fue precisamente ese cúmulo de sensaciones lo que me incentivó a proseguir “viajando” por esa querida parcela del solar ibérico, ahora ya sin ajustarme a las exigencias del video cuya descripción explícita ocupa aproximadamente las ocho primeras páginas. La confección de las restantes fue naturalmente encarada desde una óptica diferente, circunstancia fácilmente perceptible.

Aún a riesgo de sentar plaza de pedante y reiterativo, pero preocupado por dotar al texto de la mayor autenticidad, he considerado razonable usar los giros, palabras, nombres y apodos con los que entonces se designaba a las personas, caminos, sendas, parajes etc. mencionados en la presente reseña. Soy también consciente de que esta especie de

recordatorio refleja algunos casos, anécdotas y situaciones que por su carácter tal vez parezcan triviales o irrelevantes para quienes las viven cotidianamente, pero muy otra es su valoración en mi caso particular teniendo en cuenta que el sólo hecho de revivir esas “pequeñas cosas” ha contribuido a tonificar mi espíritu durante casi cuarenta años, haciendo con ello más soportable el desarraigo. De habérmelo propuesto, el relato habría resultado más florido, pero ello hubiera implicado, como alguien dijo alguna vez: “ aplicar la medida ajena al paño propio”

Por considerarlo procedente en la ocasión, quiero finalizar haciendo mías las palabras del cantor de Soria por excelencia, Don Antonio Machado Ruiz: “la página escrita nunca recuerda todo lo que se ha intentado, sino lo poco que se ha conseguido”.

Alpanseque es un pueblo español agrícola-ganadero que forma parte de la región que otrora se denominara Castilla la Vieja (hoy Castilla y León) y pertenece a la provincia de Soria; solar este de la España eterna cuya biografía está llena de sacrificios y de esperanza, de heroísmo y de generosidad. Limita por el norte con Barahona, pueblo al que Ortega y Gasset describe de la forma siguiente: “ al atardecer, desde un carrascal, (a nuestro juicio el de Alpanseque) diviso “Barahona de las Brujas”. Sobre la llanada- una de las más elevadas de España- se alza un cerrillo cónico. En su cúspide la iglesia otea el contorno, y bajo ella, arrebujando el cerro, se alza el caserío. Es un pueblo alucinado y alucinante”. Al este con Romanillos de Medina Celi; en palabras del ya mencionado Ortega y Gasset “ una aldeíta náufraga en un mar de espigas”; al oeste con Barahona, Marazóbel y Paredes; y al sur, en el agreste paraje donde las dos Castillas, la Vieja y la Nueva (esta última Castilla la Mancha actualmente) se estrechan en un fraternal abrazo, con los pueblos de Paredes, Rienda, Valdelcubo, Siens y Torrecilla del Ducado.

Geográficamente ubicada en el extremo sur de la provincia, es la última parcela de tierra soriana que hallaremos a nuestro paso si viajamos por la carretera que une Soria con la general Madrid-Barcelona, pasando, entre otros, por los pueblos sorianos de Almazán, arquitectónica y señorial Villa que baña el río Duero y a la que le cabe el alto honor de haber sido la cuna del padre Láinez, célebre por su destacada actuación en el Concilio de Trento, y el lugar donde murió Tirso de Molina; por Villasayas, por Barahona y por el empalme con Alpanseque. En la provincia de Guadalajara, antes de desembocar en la carretera general ya mencionada, por las localidades de Cincovillas, Atienza y Jadraque. Ya en la carretera general se halla Guadalajara, capital de la provincia. Finalmente arribaremos a la capital de España pasando por la madrileña e histórica ciudad donde vino al mundo “El Manco de Lepanto”, el inmortal Don Miguel de Cervantes Saavedra: Alcalá de Henares.

La capital provincial, también llamada Soria, se encuentra a escasos ocho kilómetros de las históricas ruinas de Numancia, antiguo y heroico castro celtibérico que prefirió inmolarsse antes de rendirse al enemigo: las legiones romanas. Es también la ciudad que el gran poeta sevillano, don Antonio Machado Ruiz, “yo tuve patria donde corre el Duero” inmortalizó e hizo conocer en el mundo a través de su libro titulado “Campos de Castilla”, obra en la que dedicó a Soria sentidos y bellísimos poemas. De ellos he extraído los siguientes versos: ¡ Soria fría! La campana - de la Audiencia da la una.- Soria, ciudad castellana- ¡tan bella! bajo la luna. ¡ Álamos del amor que ayer tuvisteis de ruiseñores vuestras copas llenas;- álamos que seréis mañana lirás- del viento perfumado en primavera;- álamos del amor cerca del agua- que corre y pasa y sueña, - álamos de las márgenes del Duero,- conmigo vais, mi corazón os lleva!

Haciendo bueno aquello de que todos los caminos conducen a Roma, también a este pueblo castellano--leonés se podía arribar desde y por lugares diferentes, a pie, a lomo de mula y, ocasionalmente, en bicicleta, únicos medios de los que entonces disponíamos los pobladores de estos pequeños municipios. Los escasos automotores, casi siempre procedentes de otras localidades, (en Alpanseque había uno solo) que por aquellos años ingresaban o egresaban al y del pueblo, debían necesariamente hacerlo a través de un camino vecinal cuyo trazado de aproximadamente dos mil doscientos metros empalma con la carretera Madrid-Soria, dirección en la que ahora circulamos siguiendo el itinerario Madrid-Alpanseque. Nuestro arribo a destino se producirá tomando el camino vecinal ya mencionado, habida cuenta que nos resulta más cómodo y familiar, además de poseer un entorno más pintoresco. Hace algunos años fue convenientemente acondicionado el viejo camino que unía Alpanseque con Barahona, permitiendo de esa forma el tránsito normal de los automotores entre ambas localidades, con Almazán y con Soria: las dos principales ciudades de la provincia en los cuales existen establecimientos de enseñanza media y superior donde cursan estudios los jóvenes de los pueblos rurales de la provincia. Cabe al respecto señalar que en la actualidad poseen uno o más automóviles las familias que habitan este pequeño municipio soriano, amén de tractores y cosechadoras.

Estamos, pues, a punto de ingresar al camino vecinal; atrás hemos dejado la cuesta de Paredes, la divisoria de las dos Castillas y la “caseta” de camineros, edificio hoy en ruinas y entonces habitado por el matrimonio Liberato-Macrina y sus hijas. El jefe de familia era el encargado de conservar en óptimas condiciones de transitabilidad el tramo de carretera

correspondiente al término municipal de Alpanseque, labor ésta que, por cierto, siempre llevó a cabo con suma responsabilidad y esmero, circunstancia que se hizo acreedora a los más elogiosos comentarios de propios y extraños. A nuestra derecha ha quedado una porción considerable de terreno cuyas características la hacían más apta para el pastoreo que para el cultivo de cereales en la que, consecuentemente, abundaban las fincas “perdidas”, denominación que se aplicaba a los eriales. Por la izquierda se extiende “La Roza”, vasta zona de monte poblada de encinas, comúnmente llamadas carrascas, algunas de ellas corpulentas y huecas en su interior; circunstancia que a veces era aprovechada por los enjambres de abejas para fabricar en dicho espacio los panales de miel. Cuando ello sucedía, los pastores solíamos extraer parte de la miel haciendo una hoguera para que el humo ahuyentara a las abejas mientras a hurtadillas, ya que no estaba permitido, realizábamos la tarea; por supuesto, soportando estoicamente algunos picotazos de las obreras que dolían terriblemente. En las ramas más altas fabricaban sus nidos los cuervos, picarazas etc. etc. Era también el sitio apropiado para que los rebaños de ovejas se resguardaran de los inclemencias del tiempo en los días crudos de invierno. Por la noche se los encerraba en las llamadas tainas o parideras, una especie de cobertizos, la mayor parte de ellos hundidos en la actualidad.

Fue precisamente en este último lugar mayoritariamente compuesto por los parajes del “Torroján” y “Las Matas Altas” donde, con apenas once años y medio, ejercí temporalmente el oficio de pastor: una profesión que siempre consideré sumamente honorable y por la que sentí un gran respeto, pero a la que nunca logré adaptarme a pesar de haber tenido en la persona de mi padre q.e.p.d. un maestro de excelencia, y en la de mi hermano Pablo un buen ejemplo. Debo no obstante señalar que conservo muy gratos recuerdos de los aproximadamente dos años que desempeñé el oficio mencionado. Tanto es así que al revivirlos, algo que sucede frecuentemente, mi espíritu se siente gratificado. En tal inteligencia, torpe sería de mi parte negarme ese recreo permitiendo que se extravíe en los vericuetos de mi memoria el recuerdo de las muchas horas y viandas compartidas con mis colegas de aquella época, siempre en el mismo lugar y al reparo de un matorral de chaparras, fogata de por medio para calentar el cuerpo y secar la manta, los días lluviosos y fríos del invierno soriano, mientras las ovejas, revueltas, sin cría por supuesto, se cuidaban solas y pacían o belloteaban hasta la hora de alojarlas en la taina. En ese momento cada una acudía puntualmente a su majada. Una vez encerradas, los pastores, sobre todo los jóvenes, solíamos esperarnos unos a otros para regresar despaciosamente al pueblo en grupo, bromeando o conversando de temas relacionados con la juventud y actualidad de la época: Reuniones, en suma, con muy buena onda, como está de moda decir ahora. A pesar del tiempo transcurrido y de la falta de contacto físico o epistolar con los integrantes del mismo, a menudo se proyectan en mi memoria los nombres de aquel extraordinario grupo humano que me brindó sin retaceos su amistad y el adecuado asesoramiento, preocupados por facilitarme el desempeño de mi nueva función. Por todo ello, y como una forma de agradecer su predisposición y generosidad, voy a permitirme nombrar a los siguientes amigos: Alejandrino Sebastián, Celestino Lázaro, Juanito y Alejandrino Sienes, Honorato Sienes, Claudia Sienes, Antonio Dolado, Cándido Hernando, Faustino... (más conocido por Fausto) y a las hermanas Lorenza y Paulina, hijas del tío Florencio y de la tía Santos. En la lista he incluido solamente a las personas con las que tuve un contacto más estrecho y fluido, pero hubo también muchas otras a las que estuve ligado por una excelente relación y me abstengo de nombrar aquí y ahora por temor a pecar de injusto olvidándome de alguna, ya que todas ellas merecen por igual mi reconocimiento. Para los amigos de ambos grupos que ya abandonaron esta playa estéril de la vida vaya, además, mi recuerdo emocionado y una plegaria por el eterno descanso de sus almas

La recolección del fruto de la encina, conocido con el nombre de bellota, salvo algunas excepciones, era un trabajo liviano pero resultaba en todos los casos tedioso e incómodo por la forma en que la misma se realizaba. El primer paso consistía en varear (apalear) el árbol con un palo largo llamado varón, hasta donde éste alcanzaba, para que las bellotas cayeran al suelo. Para varear las ramas más altas era menester encaramarse al árbol y apalearlas con una pequeña vara. Esta labor, no apta para quienes la altura les produce vértigo, y riesgosa en no pocas ocasiones, era siempre realizada por los varones más hábiles de la familia, (quien suscribe no entraba en esa categoría) ya fuera el padre o alguno de los hijos mayores. Una vez finalizado el vareo y en ocasiones mientras éste se llevaba a cabo, se procedía a juntar las bellotas una por una, en la posición que a cada cual le resultara más cómoda, por lo general de rodillas, hasta llenar un recipiente que después se vaciaba en los sacos dispuestos a tal fin. Como ya he señalado anteriormente, se trataba de una tarea monótona y por lo tanto aburrida, pero llevadera si la temperatura otoñal era benigna. En los días fríos, muchas veces acompañados de algarazos intermitentes, había momentos en los cuales la temperatura corporal se reducía considerablemente y los dedos se aterían de tal forma que era menester abandonar momentáneamente la recolección y entibiar el cuerpo, sobre todo las manos, en la fogata preparada para el caso. Había encinas cuyo fruto, de sabor muy agradable al paladar, se reservaba para el consumo de la familia y para obsequiar a amigos y vecinos. Entre ellas destacaba una que mis abuelos maternos poseían en el ya citado paraje de “Las Matas Altas”, por su color rubio y excelente calidad. El resto de las bellotas se usaban en ocasiones para alimentar cabras u ovejas, pero generalmente eran destinadas a engordar los cerdos que, siguiendo una vieja tradición, cada familia criaba durante el año y sacrificaba a su debido tiempo (la matanza) para coadyuvar al sustento del grupo. Esta costumbre, al igual que la de recolectar la bellota y algunas otras que iremos comentando en lo sucesivo

constituían verdaderos rituales que han dejado de tener vigencia o se practican muy esporádicamente en los pueblos rurales de la provincia.

Cuando faltan escasamente cinco minutos para la hora 12 ingresamos al camino vecinal. A nuestra izquierda, paralelo a la carretera que recién hemos abandonado, se extendía un angosto paso de tierras yermas usado temporalmente por los pastores para conducir los rebaños a un abrevadero existente en el sitio llamada “El Ojuelo”. Dicho paso se comunicaba por nuestra derecha con otro más extenso al que haremos mención oportunamente. A medida que nos adelantamos despaciosamente en el camino vecinal es notorio como va paulatinamente suavizándose la fisonomía del paisaje. Cuando nuestro reloj marca exactamente la hora en que nace la tarde sobre los campos castellanos nos detenemos brevemente en el sitio denominado “Paso de los Cambrones”: otra estrecha franja de tierras yermas por donde los rebaños de ovejas debían necesariamente transitar entonces en su viaje de ida y vuelta a la “Fuente del Ojo” para saciar su sed convenientemente. En este lugar se las dejaba descansar mientras el pastor daba buena cuenta de la comida que un familiar le llevaba desde el pueblo. Esta modalidad de pastoreo al igual que la usada en el caso de “El Ojuelo” se practicaba únicamente los años que el mencionado “Paso” estaba rodeado de sembradíos.

Procede al respecto señalar que el término municipal estuvo anteriormente dividido en dos zonas conocidas con el nombre de “añadas” y que cada año se sembraba una de ellas. A la otra, llamada de barbechos, se la preparaba mientras tanto para la próxima siembra aplicándole las labores y cuidados correspondientes. La primera labor y la más costosa, “barbechar”, consistía en darles la primera arada a las tierras de rastrojos. La segunda labor, “binar”, requería menos esfuerzo y tiempo toda vez que la tierra no había alcanzado a endurecerse y de que en este caso se trataba de formar lomos en las tierras fértiles cuya arada anterior se había realizado a manta. (así creo que se decía) Cuando las aradas anteriores resultaban insuficientes y el tiempo disponible lo permitía había fincas que se les aplicaba una labor más: “terciar”. Con estas labores quedaban dispuestas las parcelas destinadas a la siembra de trigo, centeno y, ocasionalmente, alguna cebada temprana. Haciendo honor al viejo refrán que rezaba: “La Virgen de septiembre, el que tenga trigo que siembre”, dicha faena se realizaba después de la recolección, generalmente en el ya citado mes y parte del de octubre. La cebada temprana se sembraba siempre en las tierras de buena calidad; el centeno en las de peor categoría y el trigo en ambas y en las intermedias. A las tierras donde se sembraba el “tardío” (cebada y avena) se les aplicaban dos labores más entre los meses de febrero y marzo; época en la que muchas fincas estaban encharcadas a tal punto que la yunta se hundía hasta los corvejones y más de una vez las abarcas del labrador quedaban enterradas en el barro. En estos casos la labor se tornaba extremadamente dificultosa, y el riesgo de que el “barrón” del arado lastimara a alguna de las bestias estaba siempre latente. Todas estas aradas se realizaban con los medios primitivos entonces al uso: la clásica yunta de mulas y el arado común. Consecuentemente demandaban mucho esfuerzo y resultaban poco productivas

La avena, al igual que el centeno, se sembraba generalmente en las tierras de peor calidad, motivo por el cual había porciones de las fincas donde el desarrollo del cereal era tan escaso que la siega del mismo resultaba un trabajo por demás impropio e improductivo. En estos casos dichos espacios eran destinados para alimento de las caballerías. La cebada, por el contrario, se sembraba casi siempre en las parcelas de tierra profunda y buena calidad. Además, estas últimas se abonaban con los excrementos provenientes del ganado mular y ovino, acumulado en las cuadras, chiqueros y muladares en el primero de los casos, y en tainas o parideras en el segundo. El estiércol de los muladares propiamente dichos se generaba al aire libre mezclando la paja que sobraba, una vez llenos los pajares, con los excrementos del ganado mular y porcino y dándole vueltas de tanto en tanto hasta que alcanzaba el grado de pudrición correspondiente. El acumulado en las tainas era de calidad muy superior y no requería tratamiento alguno. En algunos casos también se abonaban las fincas con productos químicos. La tarea de dar vuelta al muladar siempre me resultó por demás incómoda, y no tanto por el esfuerzo que la misma demandaba, que no era poco, si no por la desagradable sensación de calor, olor y ahogo que producían las emanaciones provenientes de la putrefacción. Tanto es así que hoy, cuatro décadas después, si bien atemperada, recordar aquella labor aún me produce idéntica sensación. En ambos casos el estiércol era después trasladado a las fincas a lomo de las caballerías, cada una provista del correspondiente “serón”. Con la carga que transportaba cada bestia se formaba un montón y estos se distribuían por la parcela, siempre a la misma distancia, hasta completar el espacio ocupado por la misma. El siguiente paso consistía en desparramar la “basura” (así se la denominaba comúnmente) en forma pareja por la finca para después proceder a sembrar la cebada

Cuando de nuevo reanudamos la marcha, el camino bordea por nuestra derecha un pequeño trecho de “La Vega” del pueblo. Dicho espacio estaba conformado en sus tres cuartas partes, aproximadamente, por tierras de muy buena calidad en las que se cultivaba trigo y cebada con aceptable rendimiento. El resto, constituido por las llamadas cabeceras, era de categoría muy inferior y por lo tanto incidía notablemente en el desarrollo del cereal. Al igual que en otros muchos puntos del término municipal que sería largo enumerar, estas fincas eran en su mayor parte angostas y largas; apropiadas, en

consecuencia, para que los labradores se lucieran trazando surcos parejos y “derechos como una vela”, sobre todo en las fincas que se hallaban a la vera de los caminos. En estos casos era donde todos se esmeraban por dejar su sello personal en la labor realizada, pero no siempre el resultado estaba en consonancia con los deseos. En rigor de verdad había algunos profesionales cuyas parcelas rezumaban arte por su excelente “bordado”; contemplar la obra era, en mi opinión personal, un regalo para los ojos de todo labrador que se preciara de tal. Como en todos los oficios también en éste existía cierta rivalidad naturalmente sana entre los vecinos de fincas, en su afán de no desentonar con los ocasionales linderos. Con las pertinentes disculpas por si me olvido de alguno de ellos o tergiverso el orden en el que debiera figurar cada cual, voy a dejar constancia de los que, a mi juicio, se destacaban por su buen hacer y profesionalidad: Agustín Alcolea, Jerónimo Hernando, Gregorio Hernando, Valeriano Sebastián, Andrés Hernando, Felipe Sebastián y José Dolado. El éxito logrado en la realización del trabajo dependía a veces del comportamiento observado por la yunta. Si la misma “desgarraba” o alguna de las caballerías se salía constantemente del surco, algo que solía ocurrir cuando el paso de la yunta no era acompañado, difícilmente la tarea fuera realizada a satisfacción del labrador.

Hace ya varios años se llevó a cabo la tan mentada y por aquel entonces discutida Concentración Parcelaria. Como su nombre indica, la misma tenía por finalidad evaluar la cantidad de hectáreas de primera, segunda, tercera cuarta... categoría que conformaban las distintas fincas que cada vecino tenía diseminadas por el término municipal, para después concentrarlas en cuatro cinco parcelas cuya extensión y categoría se correspondiera con las anteriores. El procedimiento estuvo a cargo de una junta de técnicos y vecinos (hombres buenos, podríamos decir) preocupados por realizar la tarea de la forma más equitativa posible. A la luz de la realidad el resultado fue altamente beneficioso para todos por muchas y muy poderosas razones, pero no fueron pocos los que en un principio estuvieron en desacuerdo con el mismo. Dicha postura tenía que ver más con el valor afectivo que con el material y hasta era comprensible habida cuenta que pasaba a otras manos la propiedad de tierras que habían pertenecido a la familia desde tiempos inmemoriales. El descontento estaba también relacionado con el extravío de algunas parcelas ubicadas en los “Pasos”, que no se incluyeron en la Concentración Parcelaria y fueron adjudicadas posteriormente al erario público.

A la zona sembrada también había que aplicarle algunos cuidados que a veces resultaban largos y tediosos por sus características. Uno de ellos (la escarda) se llevaba a cabo en los meses de primavera y tenía por finalidad cortar los cardos que habían crecido entre los cereales, para facilitar el corte de las mieses. En esta tarea se usaba la horquilla y el escardillo. Como se desprende de su nombre, la primera venía a ser una especie de vara cuyo extremo inferior, terminado en V, aprisionaba el cardo que después era cortado por el escardillo, otro palo del mismo tenor provisto en su parte inferior de una pequeña chapa en forma de L con filo en los dos extremos más cortos. La labor en sí no demandaba gran esfuerzo, pero era, a mi juicio, una de las más aburridas y desagradables entre las inherentes al oficio de labrador; sobre todo cuando la misma debía realizarse en hazas plagadas de cardos y bajo un sol que pesaba como losa de plomo sobre la humanidad de los escardadores. De tal forma quedaron grabadas en mi memoria estas sensaciones que todavía las recuerdo como si ayer hubieran sucedido los hechos. La mayor parte de esta faena la realicé algunos años acompañado de mi tía Paulina: una hermana de mi padre cuyo esposo (el tío Alejandro, a quien recuerdo vagamente) había fallecido a temprana edad. Cuando las circunstancias así lo aconsejaban éramos ayudados por mi padre, mi madre o alguno de mis hermanos.

La faena de recolección (siega) solía durar más o menos un mes y comenzaba en los últimos días de junio o primeros de julio; su duración dependía de la cantidad de hectáreas que cada vecino tuviera sembradas o de la mano de obra que estuviera dispuesto a emplear, de ser ello necesario. En algunas ocasiones la labor era realizada por el grupo familiar, pero en la mayor parte de los casos se contrataba uno o varios peones por un número determinado de días. Dichos obreros eran en la mayoría de los casos profesionales que habían comenzado su campaña en los campos de Andalucía y Extremadura y la finalizaban en los de Castilla, donde la recolección era más tardía. Con ellos compartí muchas horas de tareas durante varios años y más de un desafío a medir nuestra resistencia y habilidad en el uso de la hoz y la zoqueta, herramientas empleadas entonces por los segadores. Con toda modestia, pero en honor a la verdad, debo señalar que en ninguna de las ocasiones lograron sacarme ventaja.

El lugar donde se iba a segar se llamaba “tajo” y el mismo estaba conformado por los segadores, el atador, el acarreador, las caballerías que se utilizaban para transportar sobre su lomo la mies a las eras y, finalmente, por el ropero; así llamado al conjunto de enseres propios de la faena: mantas para resguardarse de la lluvia y/o granizo en caso de tormenta, hoces y zoquetas de repuesto, y dos o tres alforjas conteniendo los botijos y botas con su correspondiente provisión de agua y vino (frescos solamente recién llegados del pueblo) para “regar” de tanto en tanto el garguero de quienes componían el tajo, seco por el calor a veces asfixiante y el polvo que se desprendía del rastrojo. La cantidad de mies que cada segador abarcaba con la mano, provista de la correspondiente zoqueta: un pedazo de madera hueca terminado en punta curva en el cual el segador introducía los dedos corazón, anular y meñique para protegerlos del filo de la hoz, se le decía manada y era

depositada en el rastrojo, siempre en el mismo lugar, hasta formar una gavilla. Con estas, a su vez, se formaban los “fajos”, (haces) tarea reservada al atador en la que debía procurar que el peso de los mismos fuera del mismo tenor para que la carga de los mulos que los transportaban hasta la era se mantuviera nivelada. Así y todo, rara era la vez que el encargado (acarreador) de conducir los animales cargados hasta la era, descargarlos y regresar al “tajo” presuroso para repetir la operación tantas veces como fuera posible, no tuviera que recurrir a alguna piedra para enderezar la carga. Los haces propiamente dichos se hacían en todos los casos cuando se segaba trigo y centeno; tratándose de avena o cebada solamente cuando el largo del cereal lo permitía. El resto se transportaba hasta la era a granel en un aparejo compuesto de dos elementos llamados “artola” y “anguera”. El primero de ellos se colocaba sobre la jalma o albarda de la caballería y en él, a su vez, se sujetaba el segundo. De este último que pendían dos redes, una a cada lado de la caballería, en las cuales se depositaban las gavillas. Para el transporte de los haces se usaba únicamente la “artola” provista de dos sogas largas, generalmente de esparto, cuya misión era sujetar firmemente los 4-5-o 6 fajos que de acuerdo a su peso o tamaño se cargaban en cada costado del animal. La jornada comenzaba a la salida de del sol y se prolongaba hasta después de ponerse. En ese ínterin era de rigor hacer cuatro comidas: el almuerzo, los bocadillos, la comida y la merienda. Por la noche se cenaba en la casa. Después de cena, las cuadrillas de peones solían reunirse en la taberna o en las calles céntricas del pueblo para comentar los pormenores de la jornada, tomar algunos tragos y amenizar la reunión con las canciones típicas de cada región, (sobre todo el flamenco, cante por el que siento una especial predilección) en ocasiones magistralmente interpretadas por algún integrante del grupo. Tampoco faltaban los comentarios acerca del trato que recibían de los patrones de turno. De estas reuniones, que casi siempre se prolongaban más de lo aconsejado por las circunstancias teniendo en cuenta que al día siguiente nuestras facultades estarían disminuidas para enfrentar la dura y larga jornada que a todos nos esperaba, solíamos tomar parte algunos mozos del pueblo; por supuesto, con la desaprobación de los mayores de la familia, preocupados por las horas que le robábamos al sueño reparador de nuestras energías

Una vez concluida la faena de siega, y ya con toda la mies en la era, llegaba el momento de acondicionar o proveerse de los pertrechos inherentes a la labor de trilla. Esta tenía por finalidad triturar la mies para desgranar las espigas. Al igual que en las faenas de arada también en este menester el rol principal estaba a cargo de una o varias yuntas de mulas, con la diferencia de que no se uncían ni tiraban del arado como en la anterior. En la ocasión, y provistas también de las correspondientes colleras para sujetar las “trilladeras” a las que se enganchaba el “trillo” para ser arrastrado por la yunta, ésta debía dar constantemente vueltas por la “parva” hasta que la mies se hallaba convenientemente molida. La yunta era guiada por el “trillador” a través del cabestro de la caballería que iba “adentro” (así se decía). El cabestro de la que iba “afuera” se ataba al cuello de la anterior, viéndose por lo tanto obligada a seguir el paso, y a veces el trote o la carrera marcada por el trillador de acuerdo a las urgencias. El trillo propiamente dicho era una especie de tabla ancha y larga (0,80 x 1,80 m. aproximadamente) que en su parte inferior poseía varias sierras dentadas y gran cantidad de piedras de pedernal con filo. La parte superior era ocupada por el encargado de conducir la yunta por los lugares donde la mies estaba menos trillada y de avivar el paso de las bestias cuando las circunstancias así lo requerían.

Habida cuenta que el trillo molía solamente la parte superior de la “parva”, cada tanto era menester dar vuelta a la misma para que la mies menos trillada saliera a la superficie. Esta labor se realizaba con horcas de madera y era una de las que requería mayor esfuerzo y habilidad, sobre todo cuando la mies estaba en “rama”; es decir, casi entera. Cuando la “parva” ya estaba convenientemente trillada se procedía a recogerla. Para ello se usaba la yunta uncida y la rastra: una tabla larga y ancha provista de esteba en el centro y cuatro sogas, atadas al “barzón” del yugo, para ser arrastrada por la yunta. Esta, salvo raras excepciones, era guiada por una persona cuya misión consistía en procurar que la “parva” quedara lo más amontonada posible. Encima de la rastra, con un pié a cada lado de la esteba, y sujetándose en dos de las sogas ya mencionadas, se colocaba el encargado de que la recogida fuera pareja. En las dos sogas restantes, (una en cada extremo de la rastra) solíamos engancharnos los más pequeños de la familia y algunos no tan pequeños para terminar casi siempre “enterrados” en la parva. Finalmente se usaban las horcas de madera para formar un cono cuyo declive permitiera que el agua, en caso de lluvia, se deslizase por el mismo sin penetrar en su interior.

El próximo paso consistía en separar el grano de la paja (aventar) siempre y cuando el viento lo permitiera, habida cuenta que a veces soplaba con tanta fuerza que se llevaba parte del grano al montón de paja (el balaguero) y otras lo hacía con tan poca que ambos volvían a caer juntos, perpendicularmente, al lugar que antes habían ocupado, resultando el trabajo, por lo tanto, infructuoso. El último acto de la faena consistía en pasar el montón de grano por la criba para dejarlo en óptimas condiciones de limpieza. Finalmente, y valiéndose de una medida hecha de tablas, llamada media, (dos medias equivalían a una fanega) se llenaban los sacos que más tarde eran trasladados al granero a lomo de las caballerías. La faena de carga y descarga de los sacos estaba generalmente reservada al sexo fuerte. El volumen de lo recolectado se calculaba en fanegas y el peso de las mismas era el siguiente: la de trigo, 43,5 kilogramos; la de centeno, 41; la de cebada, 36 y la de avena, 26. El

transporte de la paja hasta el pajar se realizaba también en las “angueras” ya mencionadas con anterioridad. La paja se almacenaba después en los pajares para alimentar al ganado mular y caballar durante el año y a los ovinos en invierno. Para estos últimos se reservaba generalmente la paja proveniente de la avena. La faena de horquear la paja en el depósito correspondiente (el pajar) era siempre un trabajo insalubre y desagradable no apto para asmáticos, pero en ocasiones resultaba, en general, poco menos que inaguantable. Y ello sucedía cuando la única vía de acceso y salida era la “piguera”, hueco de aproximadamente 1 metro X 80 cm a través del cual se introducía la paja, usando para ello un elemento llamado “biela”.

Con la llegada de la Concentración Parcelaria todos estos quehaceres antaño cotidianos, al igual que los múltiples y variados elementos que su práctica requería, fueron desapareciendo. Ya no hay “mulas pardas” en los barbechos y sementeras, ni sembradores, alforja al hombro, lanzando el grano a boleto en las melgas de seis o doce pasos marcadas previamente; no hay segadores que como entonces pueblen el aire con sus canciones; tampoco hay mies en las eras, ni yuntas, ni trilladores. De todo ello hoy sólo queda el recuerdo, a veces teñido de nostalgia, y algunos enseres arrumbados en algún depósito precario, o al aire libre, como mudos testigos de un pasado que en algunos aspectos no fue mejor que el presente, pero que existió y la historia deberá reflejar en sus páginas para conocimiento y estudio de las futuras generaciones. Si aceptamos la premisa de que la senda por la que inexorablemente ha de transitar cada individuo está de antemano marcada por el Destino, tal vez sea conveniente ignorar hacia donde vamos, en algunos casos, pero malo sería desconocer de donde venimos y sumamente triste olvidarlo.

En la actualidad, todas las labores a que hemos hecho referencia se realizan con poderosas y modernas máquinas: tractores, sembradoras y cosechadoras, en tiempo récord y con el mínimo esfuerzo corporal. A estas bondades hay que agregarle el considerable aumento en el volumen de lo recolectado. Consecuentemente, necio e impropio sería no reconocer que habrá un antes y un después de la Concentración Parcelaria teniendo en cuenta los ingentes beneficios que la misma trajo aparejados, pero también sería injusto desestimar la esencia de aquellas otras labores que, en mi opinión personal, tenían un encanto especial y no poco de arte. Tanto es así que al compararlas, y tal vez por aquello de que se valora más lo que más cuesta, me da la sensación de que estas últimas se han deshumanizado.

Previo cruce de un pequeño río por el puente conocido como “Puente de Barras”, arribamos a la ya mencionada “Fuente del Ojo”. En la misma surge un manantial cuya agua tiene ese sabor característico que le proporcionan las tierras arenosas y se remansa en diferentes compartimentos, acondicionados ex profeso para que los ganados sacien su sed cómodamente. El último de ellos, más espacioso y profundo, lo usábamos en nuestra adolescencia y juventud para darnos algunos chapuzones. En un costado de la pradera, como custodiando el camino por el que transitamos, se yerguen majestuosos unos chopos que son en su mayor parte retoños de aquellas primeras ramas que planté con mis propias manos, ocho lustros atrás, en una de las entonces frecuentes hacenderas. La fuente se halla en el costado opuesto y hacia ella dirigimos nuestros pasos con el propósito de apagar la sed acumulada y solazarnos contemplando como el viento del sur (el ábrego) mece las espigas, a punto de madurar, en toda la extensión que abarca nuestra vista. Sobre el lado oeste de la fuente pasaba el camino que conducía al paraje ya mencionado de “El Ojuelo”, espacio donde a raíz de la Guerra Civil Española se erigió una capilla para entronizar en ella una imagen de la Virgen del Pilar. El hecho, copiado tal vez de “Covadonga”, tenía por finalidad agradecer a la Virgen su intercesión para impedir que Alpanseque fuera tomado por el ejército de la República (los rojos se les decía) apostados en sus límites. Debido a la repercusión que al principio tuvo el acontecimiento, el día de su conmemoración peregrinaban hacia el lugar gentes de todos los pueblos vecinos portando banderas, comida, bebida, música y cuantos elementos contribuyeran a realzar el festejo. Como era previsible, la euforia de los cuatro o cinco primeros años fue declinando paulatinamente y la celebración terminó desapareciendo.

Cuando retomamos el camino nos separan exactamente mil metros del pueblo al que tantas veces hemos peregrinado a través de los años por ancho sendero de añoranzas. La inminencia de arribar físicamente en la ocasión motiva que los recuerdos desfilen en tropel por nuestra memoria y la emoción haga presa en nuestro ánimo. Estamos, pues, llegando a la que fue la era (hoy tierra de cultivo) de nuestros abuelos maternos, Juan y Micaela. Sobre el lado derecho estaba la zona de prados cuya hierba se cortaba con la “dalla” (guadaña) y era depositada en los pajares, una vez seca, para alimentar a los ganados. También esta labor (dallar) la practiqué algunos años con resultados razonablemente aceptables, pero no con la prolijidad y destreza que la realizaba mi padre q.e.p.d.: un verdadero maestro en el arte de “picar” y usar la guadaña al que siempre quise imitar y solo lo conseguí a medias. A ambos costados del camino, en el tramo de aproximadamente doscientos metros al que estamos a punto de ingresar, se hallaba una zona de huertos. La misma estaba conformada por pequeños espacios, en su mayor parte separados por paredes de piedra rústica, donde entonces se cultivaban las más variadas clases de verduras, hortalizas y legumbres para el consumo de la familia. Salvo pequeñas excepciones, hoy sólo crecen en dichos espacios: brozas, los clásicos chopos y olmos enanos, entre algunos bien desarrollados. Pasamos ahora por el lugar donde mi padre tenía un huerto y un pequeño prado, a nuestra izquierda y derecha respectivamente; el primero

de ellos compartido con mi tío Eleuterio. Pocos metros más adelante, en un corpulento y añejo chopo, anidaron por muchos años las cigüeñas. Antes de arribar a destino debemos necesariamente pasar por la curva y contra curva llamada “La Revuelta”. A nuestra derecha se hallaba el huerto propiedad del tío Cirilo y en el un enorme nogal cuyas ramas se extendían por los huertos vecinos

Hemos por fin llegado a las primeras casas del pueblo. A nuestra derecha queda la que fuera del tío Juan Alcolea; a la izquierda, algo deteriorada por la acción del tiempo, se halla la fuente conocida como “El Caño”. El depósito de la misma está protegido por una especie de pirámide (La Pingurucha) de aproximadamente un metro y medio de alto, sobre la cual nos hacíamos la ilusión de estar cabalgando en nuestra niñez. El agua surgía a través de dos caños conectados al interior y se remansaba en un pilón donde entonces abrevaban las caballerías. En la actualidad hay agua corriente en todas las casas, pero en la época que estamos reflejando toda la que se consumía en el hogar era menester acarrearla desde la fuente ya citada.

La primera casa que encontramos a la izquierda a escasos metros del “Caño”, era de nuestros ya mencionados abuelos maternos. En el portal si estaba fresca la tarde o en la calle si la temperatura era agradable, se juntaban las vecinas a conversar mientras realizaban sus labores, los días de “cuitio” y a jugar al julepe, a la brisca o al guiñote los domingos y días de fiesta. Esta casa fue nuestro último domicilio en Alpanseque.

Seguimos ahora recorriendo la calle principal del pueblo, la “Calle Real”. En la misma está ubicada nuestra casa paterna; aquel hogar donde cuatro hermanos y dos hermanas, estas últimas ausentes desde hace muchos años, crecimos felices, arropados por el entrañable cariño de nuestros padres. Al penetrar en ella y recorrer sus dependencias, vacías de los seres queridos y llenas de silencio, un turbión de emocionados recuerdos sacude nuestro espíritu y hace que duela el corazón intensamente. Y ello es así porque el mismo debe soportar dos dolores: el dolor por su ausencia y el de no haber podido despedirlos en el momento de emprender su viaje a la morada Celestial que, seguros estamos, Dios les tenía reservada. Es esta una deuda que nos ha quedado pendiente con ellos y esperamos saldar cuando el Señor disponga que nuestras almas vuelen a reunirse con las suyas en el Puerto de la Eternidad.

Al abandonar la casa nos encontramos con el matrimonio formado por nuestros primos, Baltasara y Paulino. Con ellos conversamos largo rato para después dirigirnos a la escuela, a la iglesia, al horno y al Campo Santo; ahora ya acompañados de nuestro hermano Bonifacio y de Remedios, su esposa, con quienes previamente habíamos tenido un emotivo encuentro. La escuela consta de dos aulas separadas por un pasillo, una destinada a las niñas y la otra a los niños. Al frente posee un patio cerrado en el que cada grupo practicaba los juegos propios de la edad y del sexo. Sobre el costado izquierdo del edificio hay otro pequeño patio destinado en aquella época a guardar las caballerías, y por ello conocido como “Corral de las Mulas”. El fenómeno de la emigración a diversos países europeos, entre ellos Francia, Alemania, Suiza etc., y a las grandes ciudades españolas, en las décadas del 50 y 60, trajo aparejado el despoblamiento de los pueblos rurales, y Alpanseque no fue una excepción. De los aproximadamente doscientos cincuenta habitantes registrados en el Censo del año 1960, labor que compartí con el entonces secretario del Ayuntamiento, mi buen amigo Gumersindo, apenas quedan en la actualidad cincuenta o cincuenta y cinco. En consecuencia, los pocos niños que asisten a la escuela se concentran en una de sus aulas; la otra es usada por la juventud para realizar en ella sus acostumbradas reuniones.

Después de haber detenido varias veces nuestros pasos para saludar a familiares, amigos y antiguos conocidos, llegamos a la iglesia, edificio de forma rectangular al que se accedía por un patio enrejado, entre olmos centenarios. A la entrada, sobre el costado derecho se halla la pila bautismal, la del agua bendita y las escaleras que conducen a la tribuna y se prolongan hasta el campanario. En el mismo hay dos campanas cuyo tañido tenía significados muy diferentes y bien diferenciados por el vecindario. En la tribuna se halla el órgano, ya viejo y cansado, con el cual acompañaba el sacristán las misas cantadas que se oficiaban los días de fiesta grande y algunos domingos. La misma consta también de una baranda que servía de apoyo a los mozos que acudían al oficio religioso. En el mismo rincón de siempre están los dos pendones y el estandarte que los jóvenes portábamos en las diferentes procesiones que se realizaban en honor de alguna imagen. Tampoco han cambiado de ubicación los bancos destinados a los hombres del lugar ni la otra pila de agua bendita instalada en el costado izquierdo. En el centro de la nave, a ambos lados, hay un altar en el que se oficiaban las misas encargadas por algún feligrés para honrar o dar gracias por algún favor recibido a la imagen en él entronizada. Más adelante, a nuestra izquierda, se halla el púlpito usado por el sacerdote del pueblo u otro dignatario de mayor jerarquía para predicar el Evangelio o referirse a la celebración que se estaba llevando a cabo. Seguidamente, también a ambos lados, hay una capilla con sus correspondientes altares y un confesionario; delante de estos los bancos destinados a las autoridades de turno y otros más pequeños donde se sentaban los niños en edad escolar. En el fondo está el altar mayor y la sacristía. El suelo de

la nave está conformado por las llamadas sepulturas. Cada una de ellas corresponde a una familia y las mujeres de la misma se ubican en dicho lugar, encienden velas y rezan por el eterno descanso de sus deudos.

Al salir de la iglesia pasamos por el horno comunitario donde, en dos hornadas, se cocía entonces todo el pan a consumir en la localidad. Siguiendo un turno llamado “adra” al que haremos mención en varias oportunidades, la tarea de hornear el pan era desempeñada en cada ocasión por un vecino distinto del pueblo. El ocasional hornero comenzaba por anotar a las mujeres (hasta completar 15 o 16) que pedían “vez” (turno) para amasar el próximo día. Después, valiéndose de una especie de horquilla de hierro provista del correspondiente mango, y con la debida antelación, introducía leña en el horno hasta colmar su capacidad. Por su parte, las amas de casa llenaban de harina una “artesa” grande a la espera de que llegara el momento de recenar, requisito indispensable para obtener una buena masa que se llevaba a cabo la noche anterior al día de la cocción. En las primeras horas de éste, el hornero procedía a encender el fuego para calentar el horno. Después, mientras la leña se iba consumiendo, recorría el pueblo y avisaba, casa por casa, generalmente golpeando la puerta con un palo, a las mujeres designadas para amasar en la primera hornada, más o menos en los siguientes términos: “Juana, Antonia... que amases”. Cuando las amas de casa tenían listo el amasado lo depositaban en una cesta grande de mimbre previamente revestida y después tapada con las llamadas “maseras”. Concluida la labor despertaban al cabeza de familia o alguno de los hijos mayores para que trasladaran la cesta al horno sobre sus espaldas; misión ésta que no pocas veces se tornaba laboriosa teniendo en cuenta que el volumen y forma alcanzados por el amasijo dificultaban el normal mantenimiento sobre la espalda del portador. El siguiente paso, ya a cargo de las mujeres, consistía en extraer de la cesta pedazos de masa para, en una plataforma de madera a tal fin dispuesta, someterlos a la última amasada y darles la forma que después presentarían las hogazas. Los pedazos de masa convenientemente trabajados los iban después depositando en los poyos de cemento instalados en dos laterales de la dependencia, los envolvían con las maseras y esperaban el momento de que estuvieran a punto para someterlas al proceso de cocción. Mientras tanto, y cuando ya el horno había alcanzado la temperatura correspondiente, el hornero procedía a juntar la brasa en un costado de la boca del mismo para mantener la temperatura, y a dejar el resto limpio de ceniza valiéndose para ello, entre otros elementos, de un palo largo provisto en la punta de las pertinentes “barbas”: pedazos de trapos, casi siempre de lana. El proceso continuaba introduciendo la masa en el horno. Para dicho menester las mujeres depositaban el amasijo en la “palilla”: una tabla del tamaño y forma ideal, previamente espolvoreada con harina para facilitar el traslado a la pala usada por el hornero para llenar el horno. La labor finalizaba sacando el pan cuando había alcanzado el grado de cocción correspondiente. El pago que por los servicios prestados recibía el responsable de la hornada consistía en una hogaza de pan, llamada “poya”, por cada una de las amas de casa que amasaban en los dos turnos

El horno está cerrado desde hace mucho tiempo y ello impide que podamos acceder a su interior. Por tal motivo y después de detenernos un rato en la plazoleta donde se halla el mismo y también un pajar de mi propiedad, nos dirigimos al Campo Santo para depositar un ramo de flores en la tumba de nuestros seres queridos y elevar una oración al Altísimo por el eterno descanso de sus almas. La necrópolis está dividida en dos sectores de niveles diferentes. En la parte de la entrada, la más baja, se hallan las sepulturas de nuestros padres, la del padre de María y las de nuestros abuelos maternos, todas ellas identificadas con sus correspondientes cruces. En el otro sector, al cual se accede por una ancha escalera, están las sepulturas de nuestras dos hermanas, protegidas por una verja de hierro. En esta parte fueron también sepultados, hace ya muchos años, nuestros abuelos paternos, pero no hemos podido precisar en qué lugar exactamente. Por ambos niveles se hallan diseminadas las sepulturas de otros parientes, amigos y conocidos con quienes compartimos algún día momentos inolvidables. Para todos ellos vaya también nuestra plegaria y emocionado recuerdo. Después de permanecer largo rato en el Campo Santo hemos por fin logrado serenar en cierta medida nuestro espíritu y nos disponemos a seguir el recorrido.

Vamos ahora a dirigirnos a la ermita por el camino donde antes eran colocadas unas cruces al comienzo de la cuaresma y retiradas a su finalización. El conjunto de ellas representaba el camino seguido por Jesucristo para subir al Gólgota y cada una el lugar donde acontecieron los hechos más significativos. Las cruces (de madera) tenían por pedestal una piedra de arena grande con un agujero en el medio y estaban distribuidas entre la iglesia y la ermita. En la actualidad esta tradición también ha dejado de tener vigencia. El trazado del camino propiamente dicho cruza una pradera conocida con el nombre de “El Patín”, donde entonces pastaban el ganado mular y caballar. El costado sur de la misma estaba ocupado por las eras ya mencionadas (ahora tierras de cultivo) y el norte por una zona de huertos. Las puertas de la ermita son dos y están cerradas en el momento de nuestro arribo. Ello, sin embargo, no es obstáculo para que examinemos su interior a través de los vidrios que posee cada una de ellas. Podemos así comprobar que todo se halla exactamente igual que antes: al fondo el pequeño altar con las imágenes de la Virgen de las Angustias y la de Jesucristo, recién bajado de la cruz, en el regazo de su augusta Madre. En el suelo de la nave, sobre el costado izquierdo, está el Santo Sepulcro tantas veces llevado a hombros por los mozos en los días de Semana Santa; al fondo, en cada uno de los dos rincones, una lámpara de aceite colgada con cadenas doradas. También ocupa el mismo lugar una cruz grande en la cual yace Jesucristo crucificado. A la derecha de la

ermita nace el camino que antes separaba las dos añadas a las que hemos ya hemos mención y nos referiremos en alguna otra oportunidad: el camino de Sigüenza, lugar en el que mi padre tenía una amplia y bien construida taina a escasos 300 metros de la ermita, sobre el costado izquierdo del camino, mirando desde nuestra actual posición Habida cuenta que con la llegada de la Concentración Parcelaria se siembra todo el término municipal, el camino fue eximido de esa responsabilidad.

El pasaje que transitamos ahora está flanqueado por los chopos que crecen en tres plantíos de diferente antigüedad. Los de la izquierda tienen ya muchos años y el de la derecha cuarenta, aproximadamente. Las primeras ramas que poblaron este último fueron plantadas en varios días de hacenderas de las cuales formé parte. Al salir de los plantíos ingresamos en la última calle que existe en el lado oeste del pueblo. En el costado derecho se encontraban el granero de nuestros primos Felipe y Pascual, el fondo del espacio conocido como jardín del “señorito”, ahora propiedad de nuestro hermano Bonifacio, la casa del tío Paquito, el corral del tío Evaristo y la casa del tío Sisto. El flanco izquierdo está poblado por los clásicos huertos. Si mal no recuerdo esta calle se llamaba “Calle de los Huertos” y finaliza, o comienza, depende del lado que se mire, en la “Calle del Caño” por la que oportunamente ingresamos al pueblo y nos disponemos a cruzar de nuevo para dirigirnos a “El Cestil”, escenario este donde a lo largo del día y en noches nevadas de luna solíamos practicar los juegos entonces de moda y planeábamos algunas travesuras cuya ejecución no siempre era del agrado de nuestros mayores.

Accedemos, pues, a “El Cestil” por el lugar donde a finales de la década del treinta o principios de la del cuarenta, (no recuerdo la fecha con exactitud) se construyó una especie de cobertizo para albergar en él a los mendigos que por aquellos años recorrían los pueblos y ciudades de España implorando la caridad. El alojamiento era conocido con el nombre de “Chozo de los Pobres” y su correspondiente habilitación vino a derogar la vieja costumbre de alojar a cada pordiosero en la casa de familia que le correspondía, siguiendo el turno llamado “adra” a la que ya hemos mención. El cumplimiento de esta modalidad era fiscalizado por los alguaciles de turno, cargo en el que cada año se turnaban dos vecinos y al que se accedía siguiendo el orden de la fecha de casamiento. Cada vecino debía proveer al ocasional huésped de cena, un lugar donde pasar la noche y, a veces, el desayuno de la mañana siguiente. El dormitorio que generalmente se les asignaba era uno de los locales destinados a almacenar la paja y la hierba con las que durante el año se alimentaba al ganado mular y ovino.

Cuando el indigente estaba además impedido físicamente para desplazarse de un pueblo a otro por sus propios medios, era también trasladado, a lomo de mula, por el vecino que la “adra” determinaba. Como suele ocurrir en todos los colectivos de la sociedad, también en este grupo existían individuos que eran famosos por sus excentricidades y forma de vida. Entre ellos destacaban la tía “Anselmilla” y el tío Ciriaco, (madre e hijo) por su mal carácter y la sarta de blasfemias que proferían, sobre todo la primera, para atemorizar a los chicos que los seguían de cerca, llevados por la curiosidad, y a veces se mofaban de ellos remedando sus gestos y comportamientos.

En el plantío que se extiende por el lado derecho del albergue pacen unas ovejas, viejas y flacas, cuyo destino será el sacrificio una vez engordadas convenientemente. El encargado de cuidarlas es un niño de escasos ocho años que combate el calor de la jornada refrescándose en la escasa, pero cristalina agua que discurre por una acequia instalada en la parte alta del predio, lindero con la cerrada de la tía Matías: una de las mejores fincas del término municipal. Este plantío, al igual que otros dos o tres más que hay en el pueblo, y a los que ya nos hemos referido en alguna ocasión eran propiedad del Ayuntamiento y el usufructo de la hierba que en ellos crecía era todos los años adjudicada al mejor postor, a través de la correspondiente subasta. El adjudicatario, en consecuencia, disponía de tres meses, aproximadamente, para usar la hierba de la forma que mejor conviniera a sus intereses.

Por el costado izquierdo del chozo, a escasos veinte metros, quedan todavía vestigios de lo que alguna vez fue el horno donde se quemaba el yeso y algunas piedras de ese material, en bruto, diseminadas en derredor del mismo. El horno propiamente dicho fue construido haciendo un pozo de forma circular en el sitio más elevado del terreno y entibándolo convenientemente para impedir su desmoronamiento. En consecuencia, la boca del pozo quedaba al mismo nivel que suelo. Fue por lo tanto menester desmontar la parte donde iría instalado el frente, hasta la misma profundidad del pozo, para ubicar a ese nivel la boca y el hueco por donde, respectivamente, se introduciría la leña y se generaría el fuego encargado de cocinar las piedras. Estas eran posteriormente trasladadas a un local determinado para proceder a su correspondiente molienda. Dicha labor estaba a cargo de un grupo formado por familiares y vecinos unidos de las pertinentes herramientas: mazas de hierro para romper las piedras más grandes y otras de madera, anchas y planas en su parte inferior, para finalizar la molienda. Huelga al respecto señalar que la labor era por demás insalubre y que el ambiente se tornaba irrespirable.

Bordeamos ahora la zona de huertos que circunda prácticamente el pueblo y nos detenemos en el sitio donde mis padres tenían dos parcelas que ahora son de mi propiedad. Entre los muchos recuerdos que sobre este lugar desfilan por mi memoria hay uno que se destaca por lo desagradable que fue el hecho y lo trágico que el mismo podía haber resultado si, providencialmente, alguien que en aquel momento acertó a pasar por allí no se hubiera percatado de la situación. El hecho sucedió al comenzar la primavera, época en que los huertos se acondicionan para la próxima siembra aplicándoles las labores correspondientes. Tendría yo por entonces cuatro años y medio y me hallaba jugando con otros niños de mi edad, frente a la casa de mis abuelos maternos, cuando Félix, un primo hermano de mi padre, provisto de la correspondiente herramienta, se dirigía a trabajar en el mencionado huerto y le pedí que me llevara con él; solicitud a la que accedió gustoso, previo consentimiento de mi madre y abuela. Cuando llegamos al huerto, en el que había tres o cuatro pozos de escasa profundidad, gracias a Dios, Félix se abocó a dar vuelta a la tierra mientras yo disfrutaba a mis anchas correteando por el predio y probando puntería para introducir en alguno de los pozos, y desde una distancia acorde a mis fuerzas, los elementos usados como proyectiles que para tal fin había dispuesto. El hecho de que fueran más las veces que erré que los que acerté el blanco me llevó a querer empujar una rama que había quedado en la boca del pozo y caí de cabeza al interior del mismo; incidente del que mi familiar, enfrascado en su trabajo, no se apercebó. En consecuencia este hubiera sido mi final si la Providencia, personificada en el tío Evaristo, un vecino del pueblo que a partir de ese momento me quiso entrañablemente y a quien correspondí en la misma medida, no le hubiera avisado a mi pariente, quien con la urgencia del caso y un susto que no le cabía en el cuerpo, me sacó del pozo tomándome de los pies. Afortunadamente tanto el aviso como la celeridad en auxiliarme fueron tan oportunos que todo quedó en un gran susto y el correspondiente remojón.

Cuando por fin abandonamos el lugar es ya la hora del crepúsculo vespertino y el horizonte, en el cual hace poco se ocultó el astro rey en su viaje a otras latitudes, se adorna de lilas y oro como queriendo darle la bienvenida al hijo “pródigo”. Es también el momento en el que comienzan a intensificarse el croar de las ranas en la charca alledaña, el canto de los grillos por los alrededores y el bisbiseo de los árboles que pueblan los huertos y plantíos. Todo ello confundido con los mil ruidos de la noche que viajan en alas del viento. Se trata, en conjunto, de una serie de notas dispersas y dispares, pero en mis oídos suena como una agradable sinfonía que me tonifica y alegra el espíritu transportándome a otros atardeceres de similares características, ya lejanos en el tiempo, que dejaron una huella indeleble en las hondonadas de mi alma.

Cuando ya la noche ha comenzado su andadura emprendemos el regreso a casa rodeando la charca (balsa para la gente de la localidad) donde antiguamente se reunían después de comer las mozas y mozos del pueblo en procura de solaz. Las primeras lo hacían con la excusa de lavar la vajilla que la familia había usado para el almuerzo y algún otro plato, cacerola o perol que por desidia en algunos casos, o a propósito en otros, habían quedado sin fregar la noche anterior. Los mozos, por lo general, acudían a charlar animadamente entre ellos y con algunas mozas de los más variados temas mientras, con cierto disimulo, recreaban la vista mirando las piernas de las chicas cuando éstas, arrodilladas en el borde de la balsa, se estiraban para recoger la vajilla previamente depositada en el agua, a veces con manifiesta intencionalidad. En no pocos casos el encuentro había sido previamente acordado entre alguna pareja de noviecitos.

Antes de ingresar al pueblo pasamos frente al lavadero comunitario: una suerte de pequeña represa, a cielo abierto, formada por dos compartimentos donde otrora lavaban toda la ropa las mujeres de la localidad. El segundo compartimiento, visto desde nuestra posición, se usaba para el lavado a fondo de las prendas y el primero para dejar las mismas prolijamente aclaradas. El llenado de ambos se producía a través del caudal que les suministraba un manantial alledaño. Ello permitía que una porción de agua se fuera renovando constantemente y empujara a la más sucia hasta el escape instalado en la compuerta. Un grupo de ocho o diez mujeres, designadas también por turno, se encargaban de efectuar periódicamente una limpieza general del lavadero. Para ello abrían la compuerta, vaciaban en su totalidad los compartimientos y con el agua que después iba entrando procedían a limpiar convenientemente los mismos. Una vez finalizada la tarea cerraban de nuevo la compuerta y el agua se iba acumulando hasta alcanzar el nivel correspondiente.

Para llegar a nuestro alojamiento (la casa de los padres de María, ahora de ella) debemos retomar la “Calle Real”. Al comienzo de la misma, sobre nuestra derecha, está la casa, y en ella la taberna, del matrimonio formado por Felisa y Honorato. Allí precisamente, en la puerta de la vivienda, se ha reunido un grupo heterogéneo de personas que salen a nuestro encuentro y nos saludan efusivamente. El grupo, en el cual hay gente de ambos sexos y edades diferentes, está compuesto por parientes, amigos y vecinos con quienes convivimos durante treinta años; por individuos que aún no habían nacido cuando nosotros emigramos a la República Argentina (abril de 1961), pero que conocimos y hasta tratamos asiduamente en algunos casos, y superficialmente en otros, cuando en el año 1981 hicimos un viaje a España que se prolongó por espacio de tres meses; y, finalmente, por algunos jóvenes que nacieron después de esta última fecha y por lo

tanto no conocíamos, pero que nos sorprenden gratamente con su saludo y trato afectuosos. En la acera opuesta a la taberna se halla la casa de Narcisa y Anacleto, primos nuestros por parte de la primera. Sobre su ancha y lisa fachada, al abrigo de las tejas que formaban el alero, construían su nido las golondrinas, empleando para ello barro mezclado con briznas de paja u hojas secas que recogían, a veces sin casi detener el vuelo, en los incontables viajes que durante el día realizaban a los lugares donde se proveían de dichos materiales. El habitáculo, adosado a la pared, era construido con tanta prolijidad y perseverancia que bien podía considerarse una obra de arte. A veces solían también fabricar los nidos en los techos de los portales de las casas de familia. En la vivienda de mis abuelos maternos había uno que todos los años era puntualmente ocupado por los inquilinos de turno.

Quienes integran el grupo han decidido por unanimidad brindar por nuestro regreso temporal al pueblo, algo que de momento no estaba en nuestros planes, pero invitación que, por aquello de que nobleza obliga, hubiera sido impropio rechazar en tan especial circunstancia. Además, habríamos dejado pasar una ocasión, tal vez irrepitable, de compartir momentos sumamente gratificantes rememorando sucesos y anécdotas que han permanecido vivos en nuestra memoria a través de los años y reviviendo otros cuyo recuerdo se hallaba en parte desdibujado por las telarañas del tiempo.

Cuando en la noche todavía joven salimos de la taberna la luna está de asueto y las estrellas lucen intensamente en el cielo limpio de nubes. Desde nuestro ocasional observatorio dirigimos la vista en busca de aquellas cuyos nombres y posición conocemos sobradamente por habernos servido de brújula y reloj en las “largas” noches de primavera y verano que nos tocó pastorear el rebaño: las “Siete Cabrillas”, “El Carro” y “La Estrella Polar”. Y allí están, en el mismo lugar donde han permanecido a través de los siglos y seguirán permaneciendo en los siglos venideros para seguir orientando a las futuras generaciones.

Cuando en compañía de Boni llegamos a su casa, donde cenaremos, hace rato que nos aguardan con la mesa dispuesta el resto de la familia: nuestra cuñada Remedios, nuestros sobrinos, María Jesús, Rosa María, Juan Carlos, Ana Isabel, el esposo de ésta, Martín, y los hijos de ambos, estos últimos para nosotros desconocidos hasta hoy. A todos ellos ya los habíamos saludado previamente y con cada uno hemos tenido oportunidad de mantener una extensa y placentera conversación mientras nos acompañaron en varios tramos de nuestro extenso recorrido. Sumamente grato ha sido también para nosotros el encuentro, en casa de Boni, con Gumer, Felipe, Pascual, las esposas de los dos últimos y algunos de sus hijos. Y no podía ser de otra forma habida cuenta que con todos ellos tenemos contraída una deuda de gratitud por la generosa y familiar hospitalidad que nos brindaron cuando en el año 1981 visitamos España.

A la abundante y bien servida cena con que hemos sido agasajados por nuestros anfitriones le sucede una larga sobremesa. En el transcurso de ambas nos hemos informado mutuamente de los pormenores relacionados con la vida de cada miembro de la familia en particular, y del conjunto en general, a través de una conversación generalizada y rica en contenidos. Cuando por fin llegamos a casa hace ya un par de horas que se ha instalado el nuevo día. Lo avanzado de la hora unido a la intensa actividad desarrollada en la fecha deberían ser motivos suficientes para caer rendidos en los brazos de Morfeo, cuando nos acostamos. Sin embargo, el sueño reparador se niega obstinadamente a permitirnos gozar de sus beneficios. Y ello sucede porque han sido tantas, de tan distinto calibre y en tan corto espacio de tiempo las emociones que han sacudido nuestro espíritu que no podemos sustraernos a repasarlas mentalmente una y otra vez a lo largo de los aproximadamente sesenta minutos que permanecemos en vela. Cuando por fin logramos conciliar el sueño dormimos plácidamente hasta que el sol está ya alto en el cielo. Tan afortunada circunstancia nos permitirá iniciar la jornada con las energías debidamente restablecidas.

Después de desayunar nos aprestamos a dar un paseo por las calles del pueblo que aún no hemos recorrido; calles cuyo trazado se grabó de tal forma en nuestra retina que podríamos transitarlas con los ojos cerrados y señalar con precisión el lugar donde se halla ubicada cada vivienda y quienes la ocupaban en la época a que nos estamos refiriendo. Vamos, sin embargo, a permitirnos no abundar en detalles que podrían resultar tediosos por sus características.

Comenzamos recorriendo la “Calle de la Escuela” que nace en la “Real” y continúa por detrás del establecimiento. A nuestra derecha se encuentra el ya mencionado “Corral de las Mulas”. En la acera opuesta el “Corral de las Cabras”, así llamado el espacio donde cada vecino llevaba por la mañana su o sus cabras, para que el cabrero de turno las cuidara mientras pacían en lugares diferentes del término municipal. Al fondo, también en una especie de corral, rodeado de viviendas, se halla el vetusto edificio que fue por muchos años sede del Ayuntamiento. Su planta baja estaba ocupada por un salón de forma rectangular provisto de bancos de madera en sus laterales. En el centro había un palco, también de madera, donde se instalaba la orquesta que amenizaba los bailes y, presumiblemente, el señor alcalde, el secretario y los concejales del Ayuntamiento, en las periódicas reuniones a que era convocado el vecindario para tratar temas de interés

general. El encargado de convocar a la reunión era uno de los dos pregoneros (alguaciles) del pueblo. A tal fin recorría las calles haciendo sonar una gaita en los lugares previamente establecidos, para llamar la atención del vecindario. Después daba a conocer el bando en los siguientes términos: De orden del señor alcalde, hago saber.....seguía después el tema de que se tratara. Esta misma modalidad se usaba también para publicitar la mercadería de los vendedores que periódicamente arribaban al pueblo. En el primer piso del edificio funcionaba la secretaría del Ayuntamiento y el Registro Civil, este último a cargo del Juez de Paz. Anexa al edificio comunal se hallaba la vivienda de quien por muchos años fuera secretario del Ayuntamiento, Don Jacinto Catalán Ranz. Él inscribió mi nacimiento en el Registro Civil. El cargo de Juez de Paz era en aquel momento desempeñado por don Demetrio Sebastián Dolado, en su carácter de suplente.

A nuestra izquierda está la casa del tío Víctor, una de las más espaciosas y mejor construidas del pueblo. El labrado y colocación de las enormes y blancas piedras que forman su esquina es una prueba elocuente de que el trabajo fue realizado por verdaderos profesionales. En la primera casa que encontramos al ingresar en la “Calle Nueva”, sobre la derecha, vivió muchos años mi antiguo y único maestro, don Justino Peces Ruiz. De él conservo muchos y muy gratos recuerdos. En la siguiente casa, propiedad de Rufino Castaño, el herrero del pueblo, funcionaba la taberna y un pequeño mercado que atendían los integrantes de la familia. En el costado izquierdo, en una vivienda convenientemente refaccionada se domicilia actualmente el matrimonio formado por nuestros primos Pascual y Victoria. En la misma calle, pero en épocas diferentes, hubo tres tabernas más: la del tío Román “Pajarillo”; la de don Marcelino “El Fraile”; la del tío Eusebio y la del Dámaso “No us cobro”. En ellas acostumbrábamos a reunirnos los mozos del pueblo y algunos casados para disputar las tradicionales partidas de subastado, guiñote y mus, los días de fiesta y algunos decretados no laborables por la climatología.

Casi al final de la calle, lugar por el que ahora pasamos, vivía la tía Dionisia, una hermana de nuestra abuela paterna cuyos seres queridos, el esposo y su única hija, le fueron tempranamente arrebatados por el Destino. El tamaño del edificio (demasiado grande para habitarlo una sola persona) estaba en consonancia con el del corazón de su dueña. Consecuentemente, rara era la vez que no estuviera acompañada por algún miembro de la familia, muy larga por cierto, o por alguna de sus muchas y buenas amistades. Los días de la matanza y la noche que echaba en “adobo”, sobre todo, las dependencias se colmaban de invitados y eran para los más chicos en particular, y para el conjunto en general, una gran fiesta.

Después de recorrer el último tramo de la “Calle Nueva” llegamos al transformador que suministraba energía eléctrica al pueblo. De este lugar partían dos caminos que llevaban el mismo nombre de los dos pueblos a que conducía su trazado principal: “Carra Pinilla” y “Camino de Romanillos”, o también “Carra Medina”, en el último de los casos. Las ramificaciones de ambos conducen a diferentes parajes del término municipal por los cuales transitamos infinidad de veces durante muchos años y todavía seguimos haciéndolo desde la lejanía a través de las imágenes que frecuentemente se proyectan en nuestra memoria. En la ocasión, y con el propósito de visitar el criadero de porcinos, propiedad de Boni, vamos a internarnos algunos metros en el camino últimamente citado. Las instalaciones del criadero (naves les llaman ellos) quedan a nuestra derecha. Las mismas fueron prolija y convenientemente dotadas de todos los elementos necesarios para que su explotación resultara productiva, a través de una adecuada funcionalidad. Como ya hemos señalado, las instalaciones están ubicadas a escasos metros de las últimas casas del pueblo, en el paraje de “Las Solanas”, nombre con el que se conoce el espacio de tierras fértiles delimitado por el norte con algunas casas y el “Camino de Romanillos; por el oeste con la “Cerrada del Cura”, la mejor finca del pueblo; por el sur con la “Calleja de los Lobos” y por el este con una acequia que presume de río y cruzaremos en varias ocasiones.

Más adelante está la balsa de “Los terreros”. Para llegar a ella había necesariamente que cruzar la acequia ya mencionada, por un puente que formaban dos losas del correspondiente ancho y grosor para permitir y soportar el paso y peso de las yuntas, carros, etc. que por allí circulaban. De este lugar, flanqueado por las eras del tío Cándido y de la tía María, partía un camino que conducía a los parajes de “La Cueva”, “Galindo” Cabeza Chica”, Alto de la Roza” y “Los retamales”, entre otros. Cabe al respecto señalar que las acequias, sendas, caminos, etc. a los que hemos hecho referencia o podamos referirnos en lo sucesivo, fueron en algunos casos directamente eliminados y que en otros se cambió el curso de los mismos, cuando se llevó a cabo la Concentración Parcelaria, para adaptarlos a las exigencias de las nuevas parcelas. La balsa, vista desde nuestra posición, queda a la derecha del camino. Por el costado izquierdo se extiende una franja de tierras similares a las de “Las solanas”.

Avanzando por el camino se llega a “La Pila de tío Sastre” y a “Los Cuatro Caminos”. Esta última denominación se fundamenta en el hecho de que allí nacían las ramificaciones por las que se arribaba a “La Umbría” y “Al Tomillar” a “La Solanilla” y al “Monte Hueco”. El trazado principal continuaba por “Los Blanquedales”, “Navarredonda” y “Los Colorados”, éstos ya en el límite con Romanillos de Medina Celi. Los “Cuatro Caminos” formaban parte de las tierras perdidas (yermas) destinadas al pastoreo del ganado ovino durante los aproximadamente diez meses que transcurrían entre

la época de siembra y recolección de los cereales que crecían en la zona (añada) . La ya mencionada balsa de “Los Terreros, también rodeada de sembradíos, era el lugar donde “bajaban” al agua (abrevaban) los rebaños; en ocasiones después de dar buena cuenta de la sal que repartían equitativamente sobre las piedras lisas del “ salegar” aquellos “auténticos pastores de abarcas, zahones de cuero, zurrón y manta” a los que se refiere mi buen amigo y paisano, Miguel Moreno, en su libro titulado “GALERÍA DE ESTAMPAS Y COSTUMBRES”, cuyo excelente prólogo estuvo a cargo de alguien que nos honra a ambos con su generosa y familiar amistad: Don Gumersindo García Berlanga.

Fue precisamente este último quien, gentilmente, y con muy buen criterio, me obsequió el libro y una conceptuosa dedicatoria fechada el 24 de abril del año 1978; un gesto que agradecí y agradezco profundamente habida cuenta que la lectura, frecuente, por cierto, de cada uno de sus capítulos (auténticos retratos de las gentes y tradiciones sorianas) me brinda la posibilidad de revivir un pasado cuyo recuerdo proporciona solaz a mi espíritu en este atardecer de mi existencia. A raíz de lo magistralmente que el autor describe el carácter de los habitantes sorianos y sus ancestrales costumbres consideré razonable testimoniarle mi beneplácito y, a la vez, felicitarlo por su excelente recopilación. Lo hice en la primera quincena del mes de agosto de 1978, a través de una carta y unos versos que resumían, torpemente, las emociones experimentadas al leer releer su libro. La respuesta me llegó puntualmente en una conceptuosa misiva de agradecimiento en la cual me informaba también que no consideraba ético publicar los versos por lo que tenían de alabanza hacia su persona. A mi juicio, una decisión razonable de su parte, pero que en modo alguna me desautoriza para incluirlos en esta reseña. Si así no lo hiciera, la misma quedaría incompleta.

A MIGUEL MORENO POR SU LIBRO “Galería de Estampas y Costumbres”

A este rincón argentino
de leyendas y misterio
me hizo llegar un amigo
tu libro, Miguel Moreno.

Ese libro que retrata
las gentes de nuestros pueblos
y las costumbres sorianas
que van desapareciendo.

Su lectura me ha llevado
por caminos y senderos
de esa tierra castellana
que está tan cerca y tan lejos

Por las históricas ruinas
por las villas y los pueblos
que con los ojos del alma
yo veo en tantos momentos

Me ha ayudado a revivir
tradiciones y recuerdos
que desdibujan a veces
las telarañas del tiempo

Y a rememorar las letras

de aquel bello Romancero,
de coplas y de cantares
tan castizos y tan nuestros

Por ello, ilustre soriano,
peregrino de ese suelo
que como pocos conoces
yo te dedico estos versos.

Rufino Sienes de Diego

La zona de eriales a que hemos hecho referencia, conocida con el nombre de “Paso”, se extendía desde el límite con Barahona, por el norte, hasta casi el de Valdelcubo, por el sur. En este punto nacía otro “Paso” de similares características al anterior que atravesaba las dos añadas, uniendo por lo tanto, de este a oeste, el “Monte Hueco” y “La Roza”. Cerca del nacimiento, en un rincón del sitio conocido como “El Navajo la Huesa”, el terreno formaba una concavidad donde se juntaba el agua en las épocas de abundante lluvia. Ello permitía que los rebaños dispusieran de otro abrevadero temporario y opcional. En el mismo lugar había un pozo de escasa profundidad y deficiente entibado, donde también se depositaba el agua de lluvia que después tomábamos los pastores, apremiados por la sed. En su interior, siempre visible, se hallaba el único bote de lata, a veces oxidado, que en muchas ocasiones compartíamos para servirnos el líquido elemento. En las proximidades de “La Roza”, el paso nombrado en última instancia se comunicaba con el usado por los rebaños para “bajar al agua” a “El Ojuelo” y a “La Fuente del Ojo”, a los que ya hemos hecho mención en algún pasaje de este relato. A lo largo de ambos pasos se hallaban ubicadas las tainas donde se encerraban las ovejas. Por sus laterales se extendía una franja de tierras donde abundaban los pedregales, no aptas en consecuencia, para la siembra de algunos cereales.

El ya citado “Monte Hueco” es una porción de terreno poblado en su mayor parte de carrascas y algunos sectores donde crecen chaparras y matas de roble. Si la memoria no me es infiel, el conjunto está conformado por los parajes de “La Porrojona”, “El Tajadal”, (aquí también había un pozo de similares características, pero más profundo, al que hemos descrito anteriormente) “Los Cascajares”, “Medio Monte”, “El Castillejo”, “El Chaparral” y “El Verdugal”. En este último lugar estrené y desempeñé durante algún tiempo el oficio de “albañil”. Fue en la construcción de una taina grande que llevamos a cabo en su totalidad los varones de la familia y en particular mi padre q.e.p.d. y yo. Cabe al respecto señalar que en primera instancia encargamos dicho trabajo a los albañiles del pueblo, los hermanos Telesforo, Fernando y Juanito Dolado, pero en el momento de pactar las condiciones desistieron de llevarlo a la práctica aduciendo, y con sobrada razón, que levantar las paredes con un material tan difícil de trabajar les demandaría más tiempo del que estaban dispuestos a emplear. Consecuentemente, decidimos encarar el trabajo por nuestra cuenta. La tarea, como no podía ser de otra forma teniendo en cuenta nuestra inexperiencia en dicho menester y lo inapropiado del material, fue larga y sumamente dificultosa, pero el resultado final fue hartamente satisfactorio.

Por el este y sur hay otra zona de montes, denominada “Los Barrancos”, cuya fisonomía difiere notablemente de la anterior por lo escarpado del terreno y por hallarse mayoritariamente poblada por una variedad de roble cuyo fruto, la bellota, no era apto para el consumo de las personas, pero sí muy apreciado por el ganado ovino. Toda vez que en la mayor parte de los casos lo abrupto del terreno dificultaba el tránsito de las caballerías, cuando se cortaba leña en estos lugares era menester rodarla manualmente hasta el camino que corre por la hondonada, espacio medianamente llano donde se procedía a formar las gavillas (ocho por cada caballería) y a la correspondiente carga de las bestias. La vuelta a casa se realizaba generalmente por el camino de acceso al “Monte Hueco”.

Un desvío en el camino conduce a “La Vacariza”, especie de vega donde, a pesar de lo a trasmano que se hallaba del pueblo, abundaban los sembradíos. A la entrada de la misma, contrastando con el entorno, surge una pradera de suaves pendientes y en ella un manantial cuya agua se remansaba en los pilones de cemento donde abrevaban los animales que ocasionalmente pacían en los alrededores. Hacia el este de la pradera se halla la franja de tierras destinadas a cultivo. El hecho de que este paraje estuviera tan alejado del pueblo, llegar a él insumía parte de la jornada. Consecuentemente, no eran pocos los propietarios de las fincas que en la época de siega, una vez que el sol se ocultaba en el horizonte y concluía la faena en otros puntos del término municipal, encaminaban sus pasos hacia ese apartado lugar para recibir en él al nuevo día e iniciar la tarea puntualmente.

Al sur de la “Vacariza”, lindando con los montes de Romanillos de Medina Celi, Sienes, Torrecilla del Ducado y Valdelcubo, se encuentra la última parcela, también de monte, perteneciente a Alpanseque: “La Mata”. Desde la pradera se llega a la misma subiendo una cuesta de regular pendiente y escasos matorrales. El descenso por el lado opuesto debe en todos los casos realizarse por senderos empinados y escabrosos, entre ellos el que bordea un farallón conocido con el nombre de “Piedra del Águila”, que desembocan en el camino donde nacen las ramificaciones que se internan en “La Mata”. Dicho espacio es similar al de “Los Barrancos” en cuanto a vegetación se refiere, pero totalmente distinto en lo que respecta a la configuración del terreno donde el mismo está ubicado. En este caso, y teniendo en cuenta que lo suave de su pendiente en la mayor parte de los lugares la hace casi imperceptible, podríamos decir que se trata de una llanada. Era por lo tanto el lugar preferido entonces para aprovisionarse de la leña que se consumía en los hogares, a pesar de ser, como ya hemos señalado, el monte más alejado del pueblo y de que para regresar a éste debía efectuarse un rodeo por el sitio llamado el “Berral”, manantial éste de agua cristalina que brota de las entrañas de una gran elevación de terreno perteneciente al término de Valdelcubo, en el que crecían berros de excelente calidad

La última vez que visité “La Mata” fue en el año 1981 durante nuestra primera y hasta hoy única visita a España; y lo hice en compañía de mi siempre recordado primo y gran amigo: Felipe Sebastián. Fue una de esas tardes veraniegas en las que lo agradable de la temperatura y tal vez la necesidad de estar a solas con los recuerdos predispusieron mi ánimo a deambular despaciosamente por los lugares, sendas, caminos y atajos tantas veces hollados antaño en mi diario quehacer de labrador, pastor, leñador etc. etc. En consecuencia había yo decidido acercarme a pie hasta “El Berral”, por un camino inaccesible para los automotores, con el propósito de cosechar algunos berros para consumirlos en ensalada y así se lo hice saber a Felipe. Este me aseguró que en la actualidad no había berros y por lo tanto no valía la pena realizar la caminata, pero se ofreció a llevarme en su coche si estaba en mis planes extender el recorrido por otros lugares de “Los Barrancos” o de “La Mata”. Una vez que optamos por la segunda modalidad, y después de proveernos de una abundante merienda y de la infaltable bota de vino, iniciamos el recorrido, esta vez mucho más largo teniendo en cuenta que para llegar a destino con el auto debimos necesariamente dar un rodeo por los pueblos de Paredes y Valdelcubo. Tal como me había informado Felipe pude comprobar, desilusionado, que los berros brillaban por su ausencia en toda la extensión que abarcaba el manantial. Por lo tanto debimos conformarnos con juntar unas miserables plantas que más tarde desechamos por raquílicas y marchitas. Después de refrescar nuestra humanidad en las límpidas aguas del manantial nos aprestamos a seguir el camino que conduce a “La Mata”. También aquí la fisonomía del paisaje había cambiado de tal forma a causa del desarrollo experimentado por la vegetación, que me resultó difícil determinar la ubicación de algunas “suertes” en las que otrora tantas veces había hecho leña. Los caminos de acceso a la “Mata” se habían cerrado de tal manera que ante la imposibilidad de transitar por ellos decidimos detenernos a merendar al pie de “La Piedra del “Águila”. Por varias y muy personales razones, el recuerdo de aquella merienda y de los especiales momentos que sucedieron a la misma quedaron indeleblemente grabados en mi memoria; en primer lugar por la excelencia del jamón y el rico chorizo que degustamos y regamos con sendos tragos vino tinto; en segundo por el imponente y familiar marco elegido para instalar el improvisado comedor, y en tercero por los repentinos cambios que fue experimentando nuestro estado de ánimo a medida que íbamos rememorando acontecimientos, dolorosos en algunos casos, y gratificantes y emotivos en otros. Tampoco faltaron las anécdotas de distinta índole relacionadas con nuestros años de adolescencia y juventud. Todo ello motivó que nos apercibiéramos de cómo transcurría el tiempo y de que el rocío estaba empapando nuestra ropa. Sólo al tomar conciencia de ambas cosas emprendimos el regreso al pueblo.

Al igual que las tierras de cultivo, también las de monte estaban conformadas en su totalidad, y aún siguen estándolo en el último de los casos al no haber sido incluidas en la Concentración Parcelaria, por numerosas parcelas comúnmente llamadas “suertes”. La propiedad del conjunto se halla dividida entre los vecinos del pueblo en porcentajes diferentes. Los límites de cada “suerte” estaban determinados por una fila de piedras colocadas en línea recta entre los mojones hincados en cada una de las esquinas. En algunos sectores la vegetación se componía de retoños provenientes de la última tala, medianamente desarrollados. En otros, por el contrario, la misma había alcanzado tal desarrollo y estaba tan tupida que había necesariamente que efectuar algunos rodeos para llegar a la “suerte” y muchos más para regresar al camino con las caballerías cargadas

Mientras en compañía de Boni recorremos despaciosamente el criadero de cerdos éste nos va explicando con lujo de detalles su funcionamiento y nos es dado observar algunas fases del mismo. Las naves son varias y están divididas en diferentes compartimientos. Cada uno de ellos alberga a un determinado número de porcinos, clasificados de acuerdo a su etapa de crecimiento. El proceso comienza con los recién destetados y finaliza enviando al matadero los que han alcanzado el correspondiente desarrollo. La manutención de los porcinos es a base de piensos debidamente balanceados, alimento que contribuye a aumentar considerablemente el porcentaje de carnes magras y, por ende, el valor de la res en canal. Los compartimientos se hallan ubicados en los laterales de la nave. El centro lo ocupa un pasillo de las correspondientes dimensiones para que circulen por él, cómodamente, los encargados de cuidar que todo se halle en perfectas condiciones, y

la máquina que distribuye el alimento en los comederos. Los compartimientos están provistos de agua corriente a través de un sistema de grifos que se activan cuando el animal chupa de ellos y se desactivan cuando deja de hacerlo.

Desandando los pocos metros que nos separan del pueblo ingresamos nuevamente al mismo por la calle que corre paralela a “La Nueva” y desemboca en la plaza de la localidad. A nuestra derecha queda la panadería de Juan “El Molinero” y la casa de la tía Matías. Por el norte de ambas se extiende una porción de tierras conocidas con el nombre de “Los Melgares”. Por el lado izquierdo hay varios pajares, la cochera de Gumer y su “chiringuito”, como él lo llama. El fondo de la plaza está ocupado por el tradicional y ya viejo frontón donde los jóvenes del lugar solían disputar largos y reñidos partidos de pelota a mano. Ocasionalmente, estos se realizaban entre los pelotaris locales y los de algún pueblo vecino (de Barahona generalmente) y eran seguidos con suma atención por numerosos espectadores. La mayor parte de las veces eran seis los jugadores que intervenían en el partido (tres contra tres) A veces también se disputaban entre parejas y en ocasiones mano a mano. La competencia se pactaba por lo general a treinta puntos (tantos), pero podía acortarse o alargarse si las partes lo consideraban necesario por cualquier circunstancia. Habida cuenta que en aquella época era casi el único deporte conocido en los pueblos rurales, todos los varones lo practicaban, como hoy el fútbol, desde la más tierna infancia, circunstancia que contribuía a que hubiera excelentes jugadores. Entre los que recuerdo se destacaban, a mi juicio y por el siguiente orden: Agustín Alcolea, los hermanos Telesforo y Fernando Dolada (albañiles y peluqueros ellos), Gregorio Hernando, Valeriano Sebastián, Felipe Sebastián, Jerónimo Hernando y algún otro que en este momento no tengo presente

En el costado derecho del frontón se halla el entonces nuevo edificio del Ayuntamiento. Las dependencias del mismo están compuestas por un amplio salón de forma rectangular con grandes ventanas orientadas al este y el oeste. Los laterales de su interior están provistos de poyos (bancos) de cemento en los cuales se sentaban los vecinos del pueblo cuando eran convocados a reunión por el alcalde y también los mozos y mozas o parejas de novios que asistían a los bailes que allí se realizaban. Constaba también de una dependencia, con ventana orientada al sur, destinada a secretaría y archivo. A la misma se accedía por un pasillo que comunicaba ambos espacios. El lado izquierdo del frontón estaba ocupado por el pajar del tío Serafín, el corral de la tía Victoria y la fragua donde los vecinos del pueblo acudían a aguzar los “barrones” y “rejas”, a herrar las caballerías y a reparar las herramientas de uso diario en el oficio de labrador. Cuando en abril de 1961 se produce nuestra emigración a la República Argentina, el profesional responsable de la fragua era desde hacía varios años el ya mencionado Rufino Castaño. Su predecesor había sido el tío Emilio Zaragoza, esposo de la tía Sandalia y contemporáneo de otro colega suyo, el tío Pedro Pascual, propietario de la fragua que estaba detrás del frontón. En los casos anteriores la fragua era patrimonio del municipio y el profesional contratado en una reunión de vecinos. El ajuste se realizaba cada año y el pago se efectuaba en especies, generalmente cereales. Esta modalidad de pago era también aplicada en los casos del cura, el sacristán, el barbero y algún otro servidor de la comunidad.

Anexa al frontón hay otra plazoleta flanqueada en su costado oeste por las casas del tío Andrés (el sacristán), de la tía María y de la tía Victoria. Las piedras que enmarcan la puerta y ventana de la tía María exhiben un tallado artesanal digno de destacar. Presidía la plaza un corpulento olmo en cuyo tronco, lacerado en ocasiones profundamente con los más variados y cortantes objetos, podían contarse algunos de los muchos años que a su sombra benefactora descansaron, bailaron y jugaron varias generaciones de alpansecanos. Su ancha y frondosa copa sirvió también alguna vez para instalar en ella el palco destinado a la orquesta encargada de amenizar algún festejo. La plaza era el escenario donde los domingos y días de fiesta, si el tiempo lo permitía, se realizaban los tradicionales bailes. En el primero de los casos los mismos eran amenizados por los músicos del lugar que seguidamente detallamos: los acordeonistas, Pedro Lafuente, Jesús Dolado, y Honorato Sienes, acompañados en guitarra, laúd o bandurria, por José Dolado, hermano de Jesús; los hermanos Telesforo y Fernando Dolado, (sin parentesco con los anteriores); Agustín Alcolea y los hermanos Felipe y Pascual Sebastián. En la conmemoración de la fiesta del pueblo la responsabilidad de amenizar el festejo estaba a cargo de una orquesta previamente contratada por los mozos del lugar. La mayor parte de las veces los músicos provenían del vecino pueblo de Valdelcubo y su dirección estaba a cargo, de los hermanos Ruiz, excelentes interpretes de la música rítmica (instrumentos de cuerda)

La fiesta grande o aniversario del pueblo se conmemora el primer domingo de octubre, festividad de su augusta Patrona: la Virgen del Rosario. Para el conjunto de la población el festejo se prolongaba por espacio de tres días y para las mozas y mozos hasta las últimas horas del cuarto. La actividad de cada jornada comenzaba con una rondalla (toque de diana) por las principales calles de la localidad. La misma estaba a cargo de la orquesta de turno y un reducido grupo de mozos, algunos de ellos con evidentes señales de haber pasado la noche en vela. A las once horas, aproximadamente, el sacristán acompañado por seis o siete mozos echaban a vuelo las campanas para llamar a los feligreses a la Santa Misa, en la ocasión oficiada por el sacerdote del lugar y dos o tres foráneos, entre ellos un predicador. Este cometido estuvo algunos años a cargo de un teólogo franciscano a quien varias veces ayudé en la celebración, como monaguillo. Al respecto viene a mi memoria una anécdota de la cual fuimos ambos protagonistas. La misma se originó cuando yo escanciaba en el cáliz la

porción de vino destinada a la consagración. Como lo hacía de forma poco generosa en razón de que el vino sobrante en la vinajera (de muy buen paladar, por cierto) era después consumido por los monaguillos, el fraile me sorprendió diciendo en tono festivo: echa, echa más, que no me voy a emborrachar. Un año después, siendo monaguillo Felipe, a quien el monje confundió con migo, éste lo sorprendió recordándole el hecho. En consecuencia Felipe tuvo que aclarar el equívoco, sumamente azorado

Como el festejo requería y entonces se acostumbraba, la misa era oficiada con toda solemnidad y en latín. El sacristán era el encargado de cantar la misa acompañándose con el órgano y acompañado a veces por tres o cuatro mozos previamente autorizados para ello. En algunos pasajes del oficio religioso y en la procesión que se llevaba a cabo al finalizar el mismo solía también intervenir la orquesta responsable de amenizar el festejo. Una vez finalizada la misa, la orquesta, acompañada por la casi totalidad de los mozos anunciaba el comienzo del baile matinal, a través de la correspondiente rondalla. La música que casi siempre se elegía para tal fin era la jota aragonesa y los mozos los encargados de interpretar las canciones populares cuya letra solía tener en ocasiones una destinataria y reflejaba con meridiana claridad la simpatía que la misma inspiraba al improvisado cantor

Como no podía ser de otra forma por tratarse de fechas tan caras a los sentimientos de los lugareños, cada uno de los actos programados contaba con la adhesión masiva del vecindario. Avala esta afirmación el hecho de que cuando los integrantes de la rondalla arribaban a la plaza ya ésta se hallaba colmada por un público heterogéneo a la espera de que el baile comenzara. En un costado de la plazoleta ya mencionada, lugar reservado para el baile cuando en el frontón se disputaban los acostumbrados partidos de pelota a mano, instalaba su puesto el infaltable confitero de Barahona: el tío Esteban, persona de muy buen carácter y paciencia ilimitada para atender a los pequeños que se agolpaban en derredor del puesto, ávidos de canjear por golosinas el magro capital que para tal fin habían recaudado entre sus padres, abuelos y parientes cercanos. Ayudaba al tío Esteban en la atención del puesto un hijo suyo del cual tengo bien presente la fisonomía, pero cuyo nombre se halla perdido en los recovecos de mi memoria. Otro de los confiteros que muchos años acudía a la fiesta era el Fermín, también de Barahona.

El baile matinal se prolongaba hasta la hora de comer (las tres de la tarde, aproximadamente), hora en que los músicos anunciaban su finalización tocando la jota aragonesa; danza ésta en la que, salvo raras excepciones, no solía intervenir la juventud de entonces a causa de su impericia para ejecutarla, pero que era magistralmente interpretada por algunos casados. Prueba de ello es que la gente, ataviada con sus mejores galas en honor al festejo, formaba corro para seguir con sumo interés y premiar con aplausos su magnífica actuación. Entre estos bailarines se destacaban los matrimonios formados por el tío Simeón y la tía Daría, el tío Andrés y la tía Marcelina, el tío Eusebio y la tía Calixta y alguno más que en estos momentos no recuerdo. Quienes por lo general no podían disfrutar del espectáculo mañanero eran las amas de casa. Durante ese tiempo ellas se afanaban poniendo orden en el hogar y preparando los extraordinarios y exquisitos platos (loable forma, por cierto, de hacer honor al festejo) con los que más tarde deleitarían su paladar los integrantes del grupo familiar y sus ocasionales huéspedes. Estos últimos eran en algunos casos parientes más o menos cercanos, pero en su mayor parte se trataba de mozos y mozas de las localidades vecinas a quienes previa y gustosamente invitaban los jóvenes de la casa, deseosos de retribuir en alguna medida la generosa hospitalidad que de ellos habían recibido cuando año tras año acudían masivamente a las fiestas de sus respectivos pueblos. Es aquí de justicia señalar que en estos días ningún joven forastero se quedaba sin comer o cenar aunque careciera de amistades. En estos casos cualquier mozo o moza del lugar lo invitaba gentilmente a su casa. Por la tarde seguía el baile hasta la hora de cenar y después de cena hasta la madrugada; momento en el que la mayoría de los mozos forasteros emprendían el regreso a sus localidades, algunos de ellos dispuestos a repetir la experiencia al caer la tarde del mismo día.

Nuestra visita a la plaza ha demandado más tiempo del que inicialmente habíamos previsto. Ello se ha debido a que en ese ínterin varios familiares y amigos de ambos sexos han querido demostrarnos su cordialidad acompañándonos y trayendo a colación vivencias y anécdotas, en algunos casos emotivas y en otros hilarantes, de las cuales fuimos protagonistas o testigos presenciales varios de los allí reunidos y en cuyo recuerdo se ha gratificado nuestro espíritu. Cuando finalmente abandonamos la plaza, por el costado oeste de la misma, accedemos a la parte trasera del frontón, lugar este que al carecer de las correspondientes dimensiones y acondicionamiento, era usado por los más pequeños para practicar cuando el frente se hallaba ocupado por los mozos

Treinta metros escasos separan el frontón de la balsa por la que ayer pasamos en el último tramo de nuestro recorrido. Orillando la misma y después de saciar la sed en la “Fuentecilla” aledaña, nos dirigimos al lugar donde nacen dos caminos conocidos con los nombres de “Carralval” y “Carra Barahona”, que atraviesan buena parte del término municipal y conducen por el norte y el oeste, respectivamente, a los pueblos ya mencionados de Barahona y Marazóbel. A nuestra derecha, en solitario, como vigía del entorno, se alza la casa del tío Víctor, ahora de sus hijos Natividad y Sabino. Donde nacen ambos caminos, sobre el lado este, se hallaba entonces la era del tío Félix y del tío Benito “Benitejo”. De la entraña

de la era propiamente dicha surgía en algunas épocas del año un manantial de agua cristalina que discurría por una acequia, situada en el “Cestil”, que bordeaba las eras del tío Serafín, del tío Florentino “Pacota” y de la tía Matías. Seguía después su curso por el plantío del “Chozo de los Pobres”, ambos ya mencionados oportunamente.

El camino de Marazóbel y sus principales ramificaciones conducían también a “Las Viñuelas”, lugar donde se hallaban los colmenares de la tía Tecla, de nuestra tía Paulina y del tío Baltasar; al arenero o arenal donde las mujeres de la casa, especialmente las mozas, extraían la arena blanca, reemplazada actualmente por productos químicos, entonces usada para fregar los cacharros. En esta labor se empleaba también el estropajo ahora suplantado por esponjas de acero u otras fibras similares; a la “Muela”, meseta de tierras pobres en general donde abundaban los eriales y se acostumbraba a depositar las caballerías que morían el pueblo. Sus cadáveres eran después devorados en poco tiempo por quebrantahuesos, cuervos, picarazas, etc. etc. ; al “Val”, a “Los Arrompios” y a la “Concordia”, tierras fértiles destinadas al cultivo de cebada y trigo cuando la añada era de sembradíos y al de patatas, y judías cuando lo era de barbechos; a “Los Majanares”, a “Los Villares”, al “Morro de las Palomillas” y a “La Fuente de las Abejas”. A los cuatro parajes últimamente citados se accede previo cruce de la carretera Soria-Madrid por la que ya hemos transitado y a los dos nombrados al final pasando además una acequia o pequeño río. El término municipal de Alpanseque, por este lado, finaliza donde comienzan los “Tallares” de Barahona. Tras ellos, oculto a nuestra vista, se halla el pueblo de Marazóbel. El límite está marcado por una pared de piedra rústica a cuya vera crecen infinidad de majuelos. Hasta ese lugar íbamos muchas veces de pequeños, y no tan pequeños, a hartarnos y proveernos de majuelas.

El trazado principal de “Carra Barahona” y algunos de sus desvíos nos acercan a “La Moratilla” y al “Guijar”, sitios también destinados en ocasiones a cementerio de las caballerías; al “Canto Blanco”, ya en el límite con Barahona, y a parte de “Las Navas”; a los lugares donde estaban instaladas las tainas del tío Eusebio, del tío Félix, del tío Guillermo, del tío Cirilo, del tío Pedro “Polache” y la de nuestro padre; a la balsa de “los Navajos” donde abrevaban los rebaños de ovejas, en invierno previa ruptura, por parte del pastor, del hielo acumulado en sus orillas; a las cerradas y franja de tierras fértiles, también en “Los Navajos”, delimitadas por el sur con “La Cordillera, (Altos de Barahona.....? elevación de terreno que separa los parajes mencionados de la “Muela” y en cuyo borde quedan aún vestigios de la que antaño fuera la taina del abuelo Bartolomé “El Habanero); y, finalmente, al resto de las “Navas”, extensa vega en la que proliferaban los nidos de codornices y a la que en época veraniega acudían de toda España aficionados a la caza, con perros amaestrados, ávidos de proporcionarse solaz dando caza a las pequeñas e indefensas avecillas. Al norte, separado por escasos 2000 metros, en la ladera del cerro que corona un viejo castillo, se levanta el pueblo de Barahona de las Brujas ya descrito en palabras de Ortega y Gasset.

Son casi las cuatro de la tarde cuando a solicitud de quienes gentilmente nos acompañan en el recorrido y aconsejados por el excesivo calor, la sed y el apetito, consideramos razonable atender cada una de las demandas. En tal inteligencia emprendemos el regreso al pueblo. Nuestro arribo al mismo coincide justamente con la hora en que llegaban también, desde Madrid, nuestro hermano Pablo, su esposa, Rosa María, y los hijos de ambos: nuestros sobrinos Pablo y Francisco Javier. El enorme y natural contento que a todos nos proporciona el hecho de reencontrarnos después de casi veinte años y el cúmulo de imágenes y recuerdos que en esos momentos se proyectan nítidamente en nuestra memoria, difícilmente podrían ser descriptos con palabras. Las sensaciones experimentadas a raíz del encuentro y el afán de interiorizarnos mutuamente de los pormenores relacionados con la vida del grupo familiar son los temas que predominan en la conversación generalizada que mantenemos en el transcurso del copioso y exquisito almuerzo con que Remedios nos ha obsequiado y en la larga sobremesa que sucede al mismo.

A la hora en que ya el sol va rodando fatigado hacia Poniente, y en consecuencia amaina el calor de la jornada, nos disponemos a dar un paseo por los alrededores del pueblo que aún no hemos visitado. En la oportunidad nos acompañarán: Boni, Pablo, las esposas de ambos, Gumer, Felipe, Pascual y algunos de nuestros sobrinos. Toda vez que tenemos pensado internarnos por el camino de “Carra Valdelcubo”, debemos nuevamente transitar parte de la “Calle Real”, en dirección sur.

La casa de Boni está separada de la escuela por la Calle Real y un pequeño pasaje. En esta confluencia iniciamos el paseo vespertino. A nuestra derecha quedan, entre otras, las casas de nuestros primos, Felipe, Félix, Gregorio y Juanito. En la acera opuesta las del tío Simeón, la del tío Ignacio “Charrandel”, la del Valeriano y el corral donde estaban las viviendas de los padres de María, de la tía Margarita, de la tía Petra, del tío Florencio y de la tía Evarista. La última casa que por este lado encontramos a nuestro paso, un caserón enorme separado de la iglesia por escasos cuatro metros, era entonces ocupada por el cura del pueblo. En este lugar, el patio y edificio de la iglesia “invadieron” la calzada en más del 50%. Por el pasaje que ya hemos transitado oportunamente en nuestra visita al Campo Santo nos dirigimos al camino de “Carra Valdelcubo”. También aquí podemos comprobar que todo ha cambiado notablemente. El espacio que por nuestra derecha

ocupaban antaño las eras se convirtió en tierras de cultivo a raíz de la Concentración Parcelaria. Por el costado izquierdo hay una zona de tierras fértiles en la que se sembraban patatas y judías. Algunas de estas fincas estaban divididas por paredes de piedra rústica que también fueron eliminadas para unificar las parcelas. Prosiguiendo nuestro recorrido llegamos a “El Pozuelo”, sitio en el que había un pozo de escasa profundidad y una pequeña balsa en cuyas aguas solíamos saciar la sed, respectivamente, los pastores y los rebaños cuando la añada era de barbechos y mientras las reservas del líquido elemento lo permitían. Aquí permanecemos varios minutos tratando de averiguar exactamente el lugar donde se hallaba ubicada una finca de nuestra propiedad; sin duda alguna la mejor del entorno por su extensión y el adecuado saneamiento que le proporcionaba el hecho de estar rodeada de acequias por los cuatro costados. En la actualidad ha cambiado de tal forma la fisonomía del paraje que resulta difícil determinar con precisión el espacio que la misma ocupaba anteriormente, máxime teniendo en cuenta el mar de espigas que se extiende ante nuestra vista. Finalmente, después de un estudio exhaustivo y cambio de opiniones, creo que entre todos hemos logrado precisar su ubicación.

Reanudamos la marcha cuando ya el sol está por esconderse en el horizonte. A esa hora algunos cuervos y picarazas con sus graznidos característicos nos sobrevuelan en su viaje de regreso a los nidos que tienen instalados en el “Monte Hueco” o “La Rocilla” de Barahona, donde sus crías, tal vez hambrientas, los esperan con impaciencia. En nuestro recorrido llegamos al espacio denominado “San Andrés”, lugar donde un pequeño desnivel marcaba el límite entre las tierras de buena calidad y las poco productivas; estas últimas sólo aptas entonces para la siembra de avena, centeno, yeros o lentejas, a las que se daba el nombre de “Canteros”. Al sur de los canteros se extienden, respectivamente, el “Paso” que comunica el “Monte Hueco” y “La Roza”, ya mencionado con anterioridad; una vasta zona de tierras y categorías diferentes en las que entonces abundaban las cerradas; los llamados arroturos y la cuesta que divide los términos municipales de Alpanseque y Valdelcubo. Estaba en nuestro ánimo acercarnos al sitio conocido como “El Barranco Lastrón” con el propósito de comprobar el estado de dos buenas fincas que mi padre tenía en dicho espacio, pero, finalmente y habida cuenta que debíamos hacerlo pisando el cereal, desechamos la idea por improcedente a la hora en que ya la noche comenzaba a enseñorearse del paisaje, y la luna “lunera” del poeta a restarle protagonismo

En la noche recién nacida desandamos parte del camino para después bordear el espacio que antes ocupaban las eras y dirigirnos a “La Ontecilla” y “Carra Atienza”. Con la visita a estos dos lugares daremos por finalizado nuestro recorrido por el contorno del pueblo. Más al sur y sur-oeste de los dos parajes mencionados se extiende una zona de parecidas características a la que hemos descrito en el párrafo anterior; por lo tanto me abstengo de enumerarlas nuevamente. El último paseo, en consecuencia, toca a su fin en el camino de “Carra Atienza”, justo en el lugar donde comienza “La Vega” por la que ya hemos transitado con anterioridad. Nuestro ingreso al pueblo se produce nuevamente por la “Calle Real”, previo paso por el costado derecho de la ermita y por el “Patín”. La llegada a casa se demora más de 60 minutos en razón de que hemos hecho varios altos en el camino para conversar con familiares y amigos, muchos de ellos hijos del pueblo que residen en diferentes ciudades españolas, o extrajeras, y están de visita como nosotros. El encuentro con cada uno de ellos ha sido para todos sumamente grato y emotivo; la demora, en consecuencia, ha valido la pena.

Porque soy consciente de mis propias limitaciones en cuanto a la redacción y el empleo correcto de la sintaxis que demanda el buen uso del lenguaje en la escritura, quiero por último aceptar que la confección de estos apuntes reflejará con meridiana claridad mis falencias en la materia. Así y todo cumplo en señalar que, personalmente, me produce íntima satisfacción el hecho de haber salido razonablemente airoso del compromiso adquirido conmigo mismo a raíz de la solicitud que me fuera oportunamente formulada. Para finalizar, y persuadido de que será una forma de ampliar el contenido de esta reseña, voy a permitirme incluir unos versos que compuse hace varios años en los incontables momentos que mis recuerdos peregrinaban a ese lugar tan caro a los sentimientos de la Humanidad que José Ingenieros definiera magistralmente como “la patria del corazón”: el terruño.

“A MI PUEBLO”

A mi pueblo de Alpanseque,
Al cual dedico estos versos,
Yo le diré en sus estrofas
De la forma que lo quiero
Y que a través de los años
Cada vez más de él me acuerdo
Desde esta noble Argentina
Que me cobijó en su seno,
Jinete de una quimera
En alas de mis recuerdos
Cruzando los anchos mares
Cabalga mi pensamiento.

Y ya lo veo a mi pueblo
Que ha cambiado con el tiempo.

Veo sus calles angostas,
Sus casas por fuera y dentro
Y en derredor el anillo
De las eras y los huertos.

En la casa de mis padres,
De familiares y amigos,
Falta la presencia física
De aquellos seres queridos
Que Dios llevó al otro mundo
O están por éste esparcidos.

En las calles y las plazas
Y lugares que visito
Se nota también la ausencia
De conocidos vecinos
A quien veo reflejados
En el rostro de sus hijos.

En el patio de la escuela,
A la hora del recreo,
Con una pelota vieja
Juegan unos pequeñuelos
Igual que yo jugué antaño
Cuando era niño como ellos.

Entro despacio en el aula
Que es para mí como un templo
Y al fondo, tras una mesa
Donde hay libros y cuadernos
Y de este año un calendario,
Veo a mi antiguo maestro.

El tiempo, que no perdona
Ni sabe de sentimientos,
Ha encorvado sus espaldas
Y encaneció sus cabellos.

Está igual que lo imagino
No como yo lo recuerdo.

Voy de la escuela a la iglesia
Y allí, con recogimiento,
A la Virgen del Rosario,
Que es la Patrona del pueblo,
Le pido en una plegaria
Que interceda por mis muertos.

Al abandonar la iglesia
Y entrar en el cementerio
Mi corazón no soporta
El peso de los recuerdos
Y en las nubes de mis ojos
Se desata el aguacero.

En la tumba de mi madre
Y de difuntos queridos,
Mientras en una oración
Los encomiendo al Altísimo
Flores voy depositando
De cien perfumes distintos.

El camino del “Calvario”
Me va acercando a la ermita
Que guarda el Santo Sepulcro
Junto con otras reliquias
Y a Jesús en el regazo
De la Virgen de las Angustias.

Custodian el Santuario
Algunos olmos enanos
Y embellecen su contorno
Las flores del mes de mayo
Los chopos de los plantíos
Y la hierba de los prados.

Hay por detrás de la ermita,
Que es la añada de barbechos
Unos rebaños de ovejas
Con sus pastores y perros
Y hasta mí llega una copla
Y el sonar de los cencerros.

Entre modernos tractores
Con sus aguzadas rejas
Y ovejas amodorradas
Bajo el sol de primavera
Unas yuntas perezosas
Arando están en la Vega.

Ya por los trigales verdes
 Que se ven frente a la ermita
 Y en las cebadas tempranas
 Despuntan unas espigas
 Que preserva del granizo
 Santa Bárbara bendita.

A mi pueblo y a su gente
 Para quien hice estos versos
 Nacidos del corazón
 Yo los saludo diciendo:

Que Dios lo guarde a Alpanseque
 Y a la provincia de Soria a las dos nobles Castillas
 Y bendiga a España toda.

Publicada en la revista "Asturias en Comodoro Rivadavia",
 editada por el Centro Asturiano de Comodoro.

Rufino Sienes de Diego
 Puerto Deseado, 8 de marzo de 1978

Publicada en "Campo Soriano" de Soria (España) el 22 de
 abril de 1978

Publicada en el "El Patagónico" de Comodoro Rivadavia el
 23 de mayo de 1978.

Publicada en "El Orden" de Puerto Deseado el 25 de mayo
 de 1978.

"AÑORANZAS"

A mi padre, con cariño y gratitud

Allá donde en un abrazo
 Se estrechan las dos Castillas
 Hay un pueblito soriano
 Al cual llevó en mi retina.

Un lejano Viernes Santo
 Cuando las flores nacían,
 En el año treinta y uno
 Allí vi la luz del día.

De él atesora mi alma
 En sus hondas galerías
 Recuerdos que me dan pena
 Y otros que mi pena alivian.

Recuerdos de aquella dama
 Que fue mi madre querida,
 Que en mil cantos me arrullara,
 Que en sus brazos me dormía.

De aquel varón ejemplar
 Que el rumbo de mi barquilla
 Supo con amor guiar

Por los mares de la vida.
De tantos seres queridos
Que en el cielo Dios cobija
Y de los tantos que moran
En esa tierra bendita.

De inviernos desapacibles
Con nevadas y ventiscas,
De calurosos veranos
Y primaveras floridas.

En silente caravana
Por mi memoria desfilan
Sus casas en jalbegadas
Sus calles y sus esquinas.

Gente vestida de fiesta
Que acude a la Santa Misa
Y labriegos en invierno
Cubiertos con anguarinas.

Acequias que llevan agua
De las fuentes cristalinas
A regar fértiles prados
Cubiertos de margaritas.

Rubia mies en pardas hazas
Que doró el sol de castilla
Y el ábrego bochornoso
De aquella tierra bravía.

Montes de gruesas carrascas
Donde los cuervos anidan
Y del cierzo se resguardan
Los rebaños de merinas.

Caminos serpenteantes

De las solanas y umbrías
Que holló mi planta andariega
En no muy lejanos días.

Sentí tañer sus campanas
A veces con alegría
Y otras doblar lastimeras
En fechas que no se olvidan.

Porque tanto de él me acuerdo
Volverlo a ver quiero un día.

Es mi mayor ambición.

No pido mucho a la vida.

Por soriano y español,
Por castellano y castizo,
Lo quiero tanto a Alpanseque
El pueblo donde he nacido.

Rufino Sienes de Diego
Puerto Deseado, mayo de 1979

Publicada en "El Patagónico" de Comodoro Rivadavia en
abril de 1979.

"A LA PROVINCIA DE SORIA"

Provincia de Soria, allá en España,
Bajo el límpido cielo de Castilla,
Tu imagen señera me acompaña
Aquí del ancho mundo en esta orilla.

Tu recuerdo acaricia mi alma
Y es el gozo mayor de mi vida
Que transcurre en la plácida calma
De una tierra en el sur escondida.

Te venero como a un relicario
 Que se aprende a querer en la infancia
 Y te sueño en mi largo "calvario"
 Noble y viejo solar de Numancia.

De añoranzas por un largo sendero,
 Desde esta joven nación americana
 Hacia las tierras que baña el río Duero
 Viaja mi corazón cada mañana.

Y a Dios ruego que pueda sin tardanza
 Volver a caminar por tu meseta.

Por los rincones de mi vieja andanza
 Y los sitios amados del poeta.

Desde el pico más alto del Moncayo,
 Donde cuelgan sus nidos las estrellas,
 Quiero en un florido mes de mayo
 De tu historia inmortal seguir las huellas.

Del Urbión en la cumbre señera,
 Llenos mi alma y mis ojos de gloria,
 Abrazo fraterno quisiera
 Estrechar a los pueblos de Soria.

Nacer de esa hidalga casta
 Que tanta gloria dio a España
 Para ennoblecerme basta
 Y orgullo para mí, entraña.

Que me cubra la tierra soriana
 Cuando llegue el final de mi vida
 Y el tañer de una vieja campana
 De este mundo por mí se despida.

Rufino Sienes de Diego
 Puerto Deseado, noviembre de 1980

Publicada en "Campo Soriano", periódico de Soria (España)
 Publicada en el N° 259 de "Carta de España" (revista dedicada a
 Los españoles residentes en el extranjero) en el mes de julio de
 1981.

Publicada en el folleto que el "Centro Numancia" de Buenos
 Aires editó en 1986 con motivo de su fiesta aniversario.